

**LA NUEVA ERA:
LOS HOMBRES DIOSES CONTRA DIOS**

JOSÉ GALAT

JOSÉ GALAT
Rector

Cuarta edición corregida y aumentada
Junio de 2007

Portada:
Fragmento del Juicio Final
Hieronimus Bosh (El Bosco)

Diseño, diagramación, fotomecánica
e impresión

All Printer
3115873590

Printed and made in Colombia
Impreso y hecho en Colombia

Introducción.....	1
- ¿Qué es la Nueva Era?.....	1
- La Era de Acuario.....	1
- Lo Positivo de la Nueva Era.....	2
- Lo Negativo.....	2
1.- ¿Qué todo es Dios?.....	5
2.- ¿Qué todo lo que existe es uno?.....	7
3.- ¿Qué Dios es una energía?.....	9
4.- ¿Qué Cristo no es Dios sino un Gran Maestro?.....	11
5.- ¿Qué un tal Maitreya es el Cristo que regresará?.....	13
6.- ¿Qué la Reencarnación es verdad?.....	16
7.- ¿Qué la Mente del Hombre es todapoderosa?.....	19
-El hombre, "Superman".....	19
-La conciencia expandida o alterada.....	19
-Las psicotécnicas.....	19
-Viaje egocéntrico.....	20
-Maestros ascendidos extraterrestres.....	20
-El demonio es un ser poderoso.....	20
-Satanás obra a través de los brujos.....	21
-Los "Milagros" de la Nueva Era.....	21
-Maravillas y prodigios.....	21
-Cursos para hacer milagros.....	22
-¿Por qué permite Dios milagros del Anticristo?.....	22
8.- ¿Qué los astros determinan la vida y la suerte?.....	24
9.- ¿Qué el hombre es Dios por sí mismo?.....	26
10.- ¿Qué no hay diferencia entre el bien y el mal?.....	30

11.- ¿Qué se puede amar sin Dios?.....	34
12.- La Nueva Era: La verdadera y la falsa.....	40
-De la Modernidad y postmodernidad.....	40
-Postmodernidad y Nueva Era.....	41
-Dios soy yo.....	42
-¿Aurora o Crepúsculo?.....	43
-El gran castigo.....	45
-La Era Nueva según la Biblia.....	45
-El reino milenarismo ¿literal o simbólico?.....	46
-La realidad derrota la alegoría.....	47
-La voz de los Papas.....	50

INTRODUCCION

QUE ES LA NUEVA ERA?

Difícil dar una definición de ella, porque su identidad profunda aparece mimetizada tras múltiples rostros variables y confusos. Entre esos rostros, o si se prefiere, fachadas, están las religiosas paganas del extremo oriente, como el hinduismo, el budismo, el taoísmo, , el trantismo; pero también se hallan algunas religiones primitivas de los paganos, como las de los druidas ,los celtas, los arios y las de los incas; los aztecas y hasta chibchas.

La lista de rostros parece interminable: Metafísica, yoga, Control Mental Silva, autosuperación, meditación trascendental, zen, control mental "rebirthing", gnosticismo, teosofía, esoterismo, ocultismo, masonería, canalización o espiritismo, dianética, cientología, psicología transpersonal, ciertas formas de bioenergesis, reiki, etc.

Tampoco faltan las fachadas más groseras, como la astrología, la magia , el horóscopo, el tarot , los inciensos, las velas de colores, los cristales de cuarzo, la tabla uija, las cruces y anillos, "magnéticos", los aromas, los inciensos la quiromancia, el voodoo, el chamanismo, et.,etc.

Como podrá verse de las numerosas y heterogéneas expresiones de la Nueva Era acabadas de mencionar, no es ella una religión en particular, pero ofrece una amplia gama de ofertas pseudoreligiosas, de credos y doctrinas a veces contradictorios entre sí. No es tampoco una filosofía, pero la implica y es de corte panteísta, monista e irracionalista. No es una secta, pero muchas han surgido bajo su cobijo. No es una sola comunidad como una organización visible, sino una "Red" o "Mega-Red" de grupos o tendencias. Es una hidra de mil cabezas que pretende llenar el vacío espiritual del hombre de nuestra época. Es también una oferta cargada de promesas halagüeñas y de ilusiones utópicas para un futuro de paz, fraternidad y prosperidad, como mostraremos a continuación.

LA ERA DE ACUARIO

Con base en la astrología (que carece de la validez científica) los sostenedores de la Nueva Era (en inglés "New Age") creen que la humanidad ha pasado hasta ahora por siete ciclos cósmicos o eras, que son Leo, Cáncer, Géminis, Tauro, Aries, Saturno y Piscis. Esta última está siendo sustituida, o pronto lo será, por la de Acuario.

La era de Piscis (el pez) comenzó en el año primero del nacimiento de Cristo y se extiende hasta una fecha que varía, según los distintos autores, ya que para unos se inició en 1962, con la insurgencia de los hippies y, para otros, apenas comenzará dentro de 100 a 150 años. La era de Piscis se identifica con el cristianismo, al que culpan de todos los males que sufre el mundo actual.

La era de Acuario emerge ahora para remplazar a las religiones monoteístas, como la judía, la islámica y, muy en especial, a la cristiana.

Marilyn Ferguson, la gran sacerdotisa de la Nueva Era, en su libro "La Conspiración de Acuario ", (Edit. Cairos, Barcelona 5ª. Edición, 1994).habla de esa era como de una dulce "conspiración" (conspirar literalmente significa "respirar juntos") y al

explicar el motivo por el cual escogió el nombre de Acuario, expresa: "...el que tras una era violenta y oscura, la de Piscis, estamos entrando en un milenio de amor y luz, la "era de Acuario", la figura del aguador en el antiguo zodiaco, símbolo de la corriente que viene a apagar una antigua sed, parece el símbolo adecuado" (p.20).

La Nueva Era, según la Ferguson, es portadora de una revolución por el cambio interior, caracterizado como cambio de mente o conciencia.(Cfr. P.26). Lo llama "cambio de paradigma", o cambio de pensamiento (Cfr. P.27) . El punto de partida de este cambio no es la realidad exterior, como el cosmos, la naturaleza, la sociedad, o siquiera Dios, sino mi "yo". Es, por tanto, un enfoque literalmente egocéntrico y narcisista.

Para la mencionada de la Nueva Era, el cambio se organiza espontáneamente como una "red" de pequeños grupos, que se suponen carentes de dirigentes, pero que "respiran juntos" para provocar la mutación del paradigma (p.23-258,124-126).

LO POSITIVO DE LA NUEVA ERA

La Nueva Era critica, con justa razón, el materialismo sofocante de nuestro tiempo, así como el eclipse de los valores espirituales y la falta de fraternidad entre los hombres. Protesta contra las guerras, la explotación inmisericorde de la naturaleza, el machismo y otras lacras que ensombrecen la vida actual y el futuro de la humanidad.

Predica la paz, la unión entre seres humanos, la tolerancia, el respeto por los derechos del hombre y con gusto milita en las causas del pacifismo, del feminismo y de la ecología. Elogia la meditación, ensalza la autoestima y subraya el pensar "positivo". Y lo más importante de todo, hasta de la necesidad de una nueva espiritualidad. Todo esto, sin duda, forma parte amable de la Nueva Era.

LO NEGATIVO

La Nueva Era afirma que la espiritualidad que ella preconiza es compatible con todas las religiones y que a todas respeta, pero en realidad se propone eliminarlas, porque su meta es reemplazarlas por una sola a nivel mundial. R. Cedeño, en su "Catecismos del yo soy", escribe: "10. ¿Cuál es la religión del futuro? La Nueva Religión Mundial". "11. ¿Qué es la Nueva Religión Mundial? La Religión de la Nueva Era" (Op.Cit.p.20). Así se diseña para el porvenir una falsa tolerancia, una tolerancia intolerante frente a todas las religiones.

En efecto, lo que busca esta espiritualidad emergente es la creación de una nueva cultura, en sustitución de las existentes. Nueva cultura global con una sola economía, un solo Estado, y naturalmente, una sola religión que abarque el planeta entero y que preconiza la venida de un Cristo ("Maitreya"), que no es el Cristo de verdad.

La religión que se postula no es la relación de la criatura con su Creador, sino la del hombre consigo mismo (autoidolatría). Esto hace que la nueva espiritualidad sea aparente y no real, puesto que finalmente, no es sino lo religioso vaciado de trascendencia, es decir, una religión sin Dios, Algo, así como un suculento sancocho de gallina... ¡pero!!

El núcleo autoidolátrico de la Nueva Era viene acompañado de otras cosas que resultan igualmente incompatibles con la razón y con la fe cristiana, como el relativismo moral o moralidad "light", que rechaza la cruz y el sufrimiento y que fragmenta el Decálogo, eliminando algunos mandamientos y mutilando o debilitando a otros. Así, por ejemplo, al predicar un amor meramente humano y sin dimensiones o motivaciones divinas, es decir, una fraternidad sin paternidad divina; o también, al bendecir las relaciones homosexuales, la eutanasia, etc., y, sobre todo al negar el pecado y afirmar que no hay diferencia entre el bien y el mal, como se verá luego. Es pues, una ética subjetivista, que se basa en el sentimiento y el gusto de cada uno y no en la revelación y en las normas objetivas del Decálogo.

Uno de los rasgos más criticables de la Nueva Era, es el uso de un lenguaje cristiano para expresar ideas profundamente contrarias al cristianismo. Hay en esta táctica astuta una inaceptable deslealtad, que, por ejemplo, utiliza frases de la Sagrada Biblia para hacerle decir lo diametralmente opuesto de lo que ella afirma. Los disfraces y caretas "cristianos" abarcan también los símbolos y las imágenes de la piedad cristiana, que se manipulan para seducir a los incautos.

Habla de Cristo, arrebatándole el carácter único e irrepetible del Hijo de Dios y negándole su misión de redimirlos del pecado. Y, lo peor, pretende que cristo, dizque, se encarna o resurge en "otros Cristos", a la cabeza de los cuales estará Un tal "Maitreya", que ahora, en reemplazo de Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, vendrá próximamente a gobernarnos y a darnos como regalo una era de paz, amor, bienestar y felicidad. Y no es menester mucha suspicacia para adivinar que en todo esto, se asoman ya las orejas del Anticristo y de la Satanocracia.

La Nueva Era predica lo contrario de las grandes religiones monoteístas, y en especial del cristianismo, al afirmar:

- El panteísmo, en lugar de un Dios personal.
- Los hombres autoendiosados, en lugar de Dios único e irrepetible.
- La reencarnación, en lugar de la resurrección
- La inexistencia del bien y del mal, en lugar de la Moral.
- La omnipotencia de la mente humana, en lugar de la omnipotencia de Dios.
- La sumisión a los astros y a los poderes mágicos, en lugar del libre albedrío y la sumisión a la Providencia Divina.
- La negación del pecado, en lugar de la redención por obra de Jesucristo.
- La meditación egocéntrica, en lugar de la oración que abre el corazón del hombre a Dios.
- El amor del hombre por el hombre mismo y no por amor a Dios.
- Los "milagros" obrados por cuenta propia, en lugar de los causados por el poder de Dios.
- El endiosamiento de la naturaleza y de la tierra ("Gaia"), en lugar del respeto por la ecología.
- En fin, la Nueva Era de paz y felicidad como construcción meramente humana y no como regalo de Dios a los hombres que lo aman y libremente le obedecen.
- Finalmente, sacaremos como conclusión de todo lo que vamos a examinar, que la Nueva Era de "nueva", no tiene en realidad nada.

Es la vieja farsa, mezcla de paganismo precristiano con fachadas cristianas, Que repite el antiguo y primer pecado de Adán y Eva en el paraíso, el cual, a su vez, era repetición del mismísimo pecado de Lucifer y sus ángeles rebeldes, que quisieron ser dioses contra Dios.

Estamos, pues, en presencia de una gigantesca ofensiva del mal que se maquilla de bien, de las tinieblas disfrazadas de luz. Y esto se llama a extremar el consejo de Cristo de obrar como las vírgenes prudentes y no como las necias (Mt,25.1-13), Y de "velar y orar" (Mt.26,41), para no caer en las viejas trampas y seducciones del Maligno.

I ¿QUE TODO ES DIOS?

Que Dios es todas las cosas y que todo es Dios, sostienen los seguidores de la Nueva Era. Basan su doctrina en afirmaciones sin prueba o en experiencias subjetivas, como las siguientes:

Marilyn Ferguson, gran sacerdotisa de la Nueva Era, en su conocida obra "La conspiración de Acuario", expresa:

"En la novela corta de J.D. Salinger, *Teddy*, un adolescente espiritualmente precoz recuerda la experiencia de inmanencia de Dios, que tuvo mientras contemplaba a su hermanita bebiéndose un vaso de leche". ...De pronto vi que ella era Dios y que la leche era Dios, quiero decir, que yo no estaba haciendo otra cosa que verter a Dios en Dios..." (Edit. Cairos, Barcelona, 5ª. Edición, 1994, p.444)

La Colombiana Hilda Strauss Cortissoz, dice: "Dios es absolutamente todo; lo animado y lo inanimado, lo visible y lo invisible... Dios se crea a sí mismo permanentemente. En el espacio infinito nacen y mueren estrellas. En la tierra se recrea constantemente en la mente de los hombres. Él se presenta en forma de niño en la calle, el borracho que da tumbos para llegar a casa. Él es el mismo científico brillante o ejecutivo que jamás tiene tiempo y retorna a su forma original en el trabajo de los seres evolucionados. Todas estas son formas tuyas ". ("Evolución: El Único Camino", Tomo I, Sigma Editores, Bogotá, 1995, pp. 41-42)

Y siguen las afirmaciones no demostradas ni filosóficas ni científicamente, como esta de la conocida actriz norteamericana Shirley MacLaine.

"Todos somos parte de Dios, y Dios es parte de nosotros. No puede haber nada entre nosotros y Dios. Somos una misma cosa" ("Dentro de Mí", Plaza y Janes Editores, Barcelona, 3ª. Edición, 1992, p.69)

La afirmación de que todo es Dios y Dios es todas las cosas, es doctrina conocida con el nombre de **panteísmo** (de "pan", todo y "Theos", Dios) y enseñada desde hace mucho tiempo por las religiones paganas del oriente, especialmente en la India y China. Pretenden ellas que todas las cosas del universo: astros, rocas, aguas, vegetales, animales, e incluso el hombre, son Dios o partes de un ser que se compone de todos los seres que existen.

Uno de los representantes más caracterizados de la Nueva Era. Benjamín Creme, llega a afirmar que hasta las cosas malas son parte de Dios.

¿Las fuerzas del Mal son parte de Dios? "Sí, por supuesto. Las Fuerzas del Mal son parte de Dios. No están separadas de Dios. Todo es Dios" ("La reaparición del Cristo y los Maestros de la Sabiduría". Editorial Índigo. Barcelona, 2ª. Edición 1994, p. 100). Y todavía más, hasta el Anticristo, según Creme, también es parte de Dios!! (op.cit. p.99).

¿Qué decir de ésta filosofía panteísta? Ante todo, se impone una distinción. Ciertamente, Dios **está** en todas las cosas, pero las cosas no **son** Dios ni él es el universo de lo existente, visible e invisible. Para entender mejor la diferencia entre ser y estar, basta un sencillo ejemplo: Cuando pienso en la cuchara que tengo en la mano, es verdad que está en mi pensamiento, pero ni ella es mi pensamiento ni es parte de mi ser.

La razón nos prueba que Dios hizo el mundo de la nada. Por tanto, Él es Creador y los seres todos del universo son meras criaturas dependientes de su Hacedor. La Biblia, de su lado, nos comprueba que el universo es obra de la omnipotencia, sabiduría y bondad d Dios y que Él no se identifica ni confunde con los seres que ha creado (Génesis, capítulos 1 y 2).

Y si bien es cierto, como expresa San Pablo que "en Dios vivimos, nos movemos y existimos..." (Hch. 17.28) también el apóstol de los gentiles, aclara que el Creador no se confunde con sus criaturas; "El Dios que hizo el mundo y todo lo que hay en él, que es el Señor del cielo y la tierra... a todos da la vida, el aliento y todas las cosas" (Hch. 17, 24-25). Estas palabras de San Pablo nos permiten, nuevamente, otra comparación: El hecho de que el pez necesite existir, vivir y moverse dentro del agua, no significa que el agua sea el pez, o el pez sea el agua.

Ahora bien, la confusión del Creador con las criaturas equivale a rebajar a Dios y hacer de Él un ser contradictorio, a la vez material y espiritual, finito e infinito, uno múltiple, relativo y absoluto, bruto e inteligente, compuesto y simple, cambiante e inmutable, libre y dependiente, eterno y mortal, etc. Todo esto es un enorme atentado contra la razón, que prueba filosóficamente que Dios, por su naturaleza, es un espíritu puro, eterno, infinito, perfectísimo, bondadosísimo, sapientísimo y creador omnipotente de todo lo que existe, y por tanto, superior y anterior a todo el universo. Es un grave error, pues, identificar al Absoluto con lo que es absolutamente dependiente de Él.

Por otra parte, pretender que el mal es parte de Dios, no sólo es también contradicción manifiesta, como si se dijera que las tinieblas son elementos componentes de la luz, sino también grave injuria al Creador, que por su naturaleza es absolutamente inmaculado y no tiene parte alguna ni con el demonio ni con el pecado.

San Juan nos dice que: "Dios es amor" (1Jn.4,8).Y también que "es luz y que en Él no hay ninguna oscuridad" (1Jn. 1,5). San Pablo precisa que Dios no puede ser un sartal de contradicciones. "Por qué? ¿Qué tienen de común la justicia y la injusticia? O ¿Cómo puede la luz ser compañera de la oscuridad?" (2 Cor.6.14).

No es de extrañar, entonces, que el panteísmo sea en el fondo un ateísmo disfrazado y así lo dan a entender las siguientes frases de Benjamín Crame: "En un sentido no hay tal cosa que sea Dios, Dios no existe. Y en otro sentido, que no hay nada sino Dios existe... Ustedes son Dios, yo soy Dios, este micrófono (con el que estoy hablando) es Dios. Esta mesa es Dios. Todo es Dios, y como todo es Dios, no hay Dios" (Op.Cit. p. 109)

Sin embargo, peor aún que ateísmo disfrazado, el panteísmo de los de los novoeristas desemboca en una inaudita auoidolatría, como se verá más adelante,

II ¿QUE TODO LO QUE EXISTE ES UNO?

La Nueva Era afirma no sólo que todo es Dios (error que atrás se refutó), sino también que "todo es uno", es decir, que la realidad no se compone de una formidable multiplicidad de seres diferentes, sino de uno solo y único.

Este segundo error se llama **monismo** y elimina las diferencias reales y profundas entre la persona que conoce y las cosas conocidas, entre el "yo" de cada uno y el universo que está ante él, entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu y la materia, entre lo uno y lo múltiple. También elimina la diferencia entre personas (V.gr. yo no soy tú, yo no soy ustedes, etc.)

Hay, sin embargo, algo más grave: En el terreno ético el monismo elimina la diferencia entre el bien y el mal, la virtud y el vicio, la verdad y la mentira, la luz y la oscuridad, etc. Todo esto equivale a abolir la moral y dejar sin piso los mandamientos del Decálogo. Para arribar a semejantes afirmaciones absurdas, los partidarios del a Nueva Era aducen que la experiencia de los estados de conciencia llamada "alterada" o "expandida" (que se logran mediante la meditación e incluso por el uso de drogas psicodélicas), se llega a conocer la identidad de la mente con el mundo que nos rodea y de ser uno con él. Veamos algunos ejemplos:

La actriz Shierley Maclaine, relata en que en alguna ocasión en que se dio un baño de vapor, llego a creer que: "... poco a poco, me convertí en agua... Sentí la conexión íntima de mi respiración con el pulso de la energía a mí alrededor. De hecho, yo era el aire, el agua la oscuridad, las paredes, la espuma, la vela, las rocas mojadas bajo el agua y aún el sonido del río que corría afuera". ("Aut on a Limb", Bantam, New Cork, 1983, p.268).

También el físico Fritjof Capra, de quien se debería esperar pruebas objetivas y racionales para demostrar sus doctrinas monistas y panteístas, se basa en un acontecimiento subjetivo y similar al relatado por el artista MacLaine, como se puede leer en el prólogo de su libro "El Tao de la Física", (Edit. Humanistas, Barcelona. 3ª edición, 1992, p. 111). Estas son sus palabras:

"Hace cinco años tuve una hermosa experiencia que me puso en el camino que me ha llevado a la escritura de este libro. Estaba yo sentado junto al océano una tarde de verano cuando el sol ya caía, observando las olas arrollarse y sintiendo el ritmo de mi respiración, cuando de pronto me hice consciente de todo lo que me rodeaba como si estuviese envuelto en una gigantesca danza cósmica. Siendo físico, sabía que la arena, las rocas, el agua, el aire a mi alrededor estaban hechas de moléculas y átomos vibrantes, y que éstos se componían de partículas que se interrelacionaban unas con otras creando y destruyendo otras partículas. También sabía que la atmósfera de la tierra era bombardeada continuamente por lluvias de "rayos cósmicos", partículas de alta energía que sufrían múltiples colisiones a medida que penetraban el aire. Todo esto me era familiar por mi investigación en la Física de alta energía, pero hasta ese momento sólo había experimentado esto a través de gráficos. Diagramas y teorías matemáticas. Cuando me senté en aquella playa, mis primeras experiencias tomaron vida; yo "vi" cascadas de energía bajando del espacio exterior, en las que las partículas eran creadas y destruidas con un pulso rítmico; "vi" los átomos de los elementos y los de mi cuerpo participando de esta danza cósmica de energía; sentí su ritmo y "oí" su sonido y en

ese momento supe que ésta era la Danza de Shiva, el Señor de los Bailarines adorado por los hindúes”.

Hay que reiterar que el relato de Capra pertenece al género de lo indemostrable científica y racionalmente, dado su alto contenido de subjetividad y, por tanto, de darse en una zona psicológica propensa a los fenómenos de alucinación: Y un pesimismo mayor acerca de su verosimilitud se impone, si se tiene en cuenta que este estado alucinatorio puede provocarse según recomendación de muchos representados de la Nueva Era, hasta con drogas psicodélicas

Estas experiencias, pues, no son válidas para lo que pretenden probar, porque en ellas, precisamente, la persona que las vive prescinde de su razón y de los estados de lucidez o de conciencia crítica para sumergirse en las zonas irracionales del alma, tales como el subconsciente o el inconsciente.

Bien al contrario de estas discutibles experiencias de las zonas oscuras del alma, las de la razón consciente nos muestran de manera irrefutable la tajante diferencia, por ejemplo, entre la rosa y la persona que la ve, entre el perfume y el que lo huele, entre el caballo y el jinete, entre los alimentos y el que lo come, entre la cama y el durmiente, etc.

También hay profunda diferencia entre la “meditación” de las pseudoreligiones de la Nueva Era y la de la auténtica mística del cristianismo, porque en ésta no hay fusión entre Dios y el hombre, sino unión amorosa entre ambos, no confusión de la naturaleza divina y la humana, sino participación de ésta en aquélla, pero conservando cada cual la distinción de su propio ser.

El monismo, que pretende reducir toda la variedad y la multiplicidad de los seres existentes a uno solo, contradice la razón del hombre y los testimonios más evidentes de su conciencia lúcida, por ejemplo, que yo no soy mi cuerpo y tampoco yo soy tu, y menos aún, que no soy las cosas que veo, pienso o conozco.

Ahora bien, que todos los seres del universo sean dependientes unos de otros y todos ellos de Dios, es una verdad comprobable. Pero el hecho de que todo esté relacionado (holismo), no puede confundirse con que todo sea uno. La tijera de la modista guarda relación con la tela que corta, pero ni la tijera es la tela ni la modista es aquélla o ésta. Cada uno tiene un ser diferente y querer hacer de todos ellos uno solo, es error monumental y craso.

III ¿QUE DIOS ES UNA ENERGÍA?

La nueva Era, en consonancia, con su filosofía panteísta, afirma que Dios es una energía o fuerza. Así, por ejemplo, lo sostiene Conny Méndez, sacerdotisa de la llamada "metafísica", quien declara: "Dios es la energía en acción". ("El Nuevo Pensamiento", Caracas, 1981, p. 44.).

Ante todo, se impone una distinción previa: Si por energía se entiende la actividad de la materia o potencia activa de un organismo material para obrar o producir un efecto, tal como sucede, por ejemplo, con la fuerza muscular del hombre o de los animales, o con la fuerza del viento, de las aguas, de la electricidad, de los átomos, etc., entonces Dios no es una energía, pero tiene todas las energías, o dispone de todas ellas porque a todas las creó y a todas las gobierna, de modo directo o indirecto (causas segundas dependientes de la causa primera, que es Dios).

Si por energía no se entiende la capacidad de la materia de realizar un esfuerzo o trabajo, sino la potencia de los seres espirituales de reconseguir lo que se proponen, entonces Dios es también, por encima de todos los espíritus, no sólo el poderoso, sino el todopoderoso y esto porque de su poder brotaron los poderes de los demás poderosos.

Más aún: Mientras, por ejemplo, entre el pensar del hombre y su obrar hay siempre una distancia, esto no ocurre en Dios. Su palabra es eficaz, lo que significa que se realiza necesariamente su pensamiento. No hay, pues, distancia entre su querer y los resultados. Así lo comprueba, por ejemplo, el Arcángel Gabriel, cuando explica a la Virgen María como habrá de concebir en su vientre al Hijo de Dios, sin intervención de varón alguno: "Porque ninguna cosa es imposible para Dios" (Lc. 1,37).

Si Dios estuviera limitado, no sería Dios, porque lo que lo limita sería superior a Él. Por eso es omnipotente. Pero Él ha establecido, por su propia voluntad, una sola limitación de su poder: La libertad del hombre, a quien hizo libre y quiere libre. Dios se detiene ante la libertad del hombre, incluso cuando éste peca, no por impotencia del Creador, sino por respeto a la dignidad del ser autónomo que creó.

Ahora bien, dentro del contexto panteísta de la Nueva Era, la afirmación de que Dios es una energía, lo rebaja a la condición de materia y de fuerza cósmica subordinada. No sería un ser puramente espiritual, sino materia sin espíritu, algo así como una especie de fuerte electricidad, o desbastadora potencia nuclear. Esto automáticamente privaría a Dios de su condición de **persona** y lo colocaría incluso más bajo que los ángeles, y que los mismos hombres.

Dios es persona y personas son también los ángeles y los seres humanos. Cada persona es un "otro" y un "tu". Por eso puede haber diálogo y comunicación entre ellas. La persona es un ser inteligente y libre, capaz de pensar, querer, amar y ser santa, misericordiosa y justa. Dios hizo al hombre a su "imagen y semejanza" (Gen. 1,26). Cada persona, ángel u hombre, es un ser único, especial, irrepetible y dotado de una dignidad eminente.

Si Dios fuera una fuerza cósmica, poco o nada tendría que ver con la vida y la historia de los hombres. Pero, precisamente, porque es persona, se comunica en la creación. Se autocomunicó al pueblo de Israel y, en la plenitud de los tiempos, en su hijo Unigénito, que se encarnó y se entregó en Jesucristo para salvarnos.

En el "Credo del Pueblo de Dios", promulgado por el difunto Papa Pablo VI, se describe en buena síntesis dos de los principales caracteres de la naturaleza divina y personal de Dios: "Él es el que es", como Él mismo reveló a Moisés (Ex. 3,14); Él es **Amor**, como nos enseñó el apóstol Juan (1 Jn. 4,8): de tal manera que estos dos nombres, Ser y Amor, expresa inefablemente la misma divina esencia de aquel que quiso manifestarse a sí mismo a nosotros..."

Sólo Dios puede otorgarnos un conocimiento recto y pleno de sí mismo, revelándose a sí mismo como "Padre, Hijo y espíritu Santo". De este modo, Dios, uno en esencia y trino en personas, no es de manera alguna, una fuerza cósmica como lo pregona la Nueva Era.

Despersonalizar a Dios, convirtiéndolo en una energía indiferenciada y ciega, como la de la electricidad o la del átomo., no sólo es hacerle injuria y rebajarlo a nivel de las cosas, sino despersonalizar al mismo hombre,, lo cual lo disminuye a sí mismo al nivel de cosa. Flaco servicio le hace, pues, al ser humano la Nueva Era, aunque por otra parte, y en forma contradictoria, lo proclame Dios por cuenta propia y lo incite a la utoidolatría, como se verá más adelante.

IV ¿QUE CRISTO NO ES DIOS SINO UN GRAN MAESTRO?

Para los del Nueva Era, Cristo no es Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre; Mesías, Señor y Salvador, sino un "gran maestro", un guía iluminado semejante a Buda, Zaratrusta, Lao-tsè, Mahoma, Moisés, etc.

También es visto como una "energía" llamada "crística", o un "avatar" (especie de "extraterrestre" o sabio evolucionado) entre una serie de "otros Cristos".

Veamos por ejemplo, sobre lo que esto escribe el esoterista Benjamín Creme en su obra "La Reparación del Cristo y los Maestros de la Sabiduría". (Editorial Índigo, Barcelona, 2ª. edición 1994): "El Cristo no es Dios... Cristo es el Maestro de todos los Maestros, pero no es Dios ni nunca afirmó serlo. Él es el Hijo de Dios, pero nosotros también lo somos". (p". 131,164).

¿Y cómo qué Cristo no afirmó ser Dios? Si por decir "Yo y el Padre somos uno", según refiere San Juan en el capítulo 10 de su evangelio, los judíos se escandalizaron y tomaron piedras para castigar su "blasfemia". Y que, ciertamente, con esa declaración Jesús afirmaba ser Dios con su Padre, lo entendieron bien sus enemigos al manifestar el motivo por el cual querían lapidarlo: "Mo queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú siendo hombre, te haces a tí mismo Dios". (Jn. 10,33).

Ahora bien: la verdad fundamental de Jesús de Nazaret no es que fuera un santo y un profeta a la misma altura de otros fundadores de religiones, o siquiera el más grande de los santos y los profetas. La verdad mayor sobre Él está en que es verdadero hombre y a la vez, verdadero Dios y salvador de los hombres. Y ese hombre-Dios ha muerto para redimirnos de nuestras maldades, pero **resucitó** y ascendió a la gloria de su Padre y desde allí habrá de venir con gran poder y majestad a juzgar a todos.

Y como dice el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa... "El Hijo de Dios ha llegado a ser superior a los ángeles..." (Heb. 1,3-4).

San Pablo, por su parte agrega:

"...en Él fueron creadas todas las cosas... todo fue creado por Él y para Él con anterioridad a todo y todo tiene en Él su consistencia... para que Él tenga primacía en todo". (Col. 1, 16, 17,18). Por esto, para los que creen, Él es "camino, verdad y vida" (Jn. 14,6) y el único nombre bajo el que podemos salvarnos (Cfr. Hech. 4, 12).

Los otros personajes con los que pretenden igualar los de la Nueva Era a Cristo, como Buda, Mahoma, Zaratrusta, Moisés, etc., fueron profetas notables, o maestros morales o fundadores de religiones, pero todos eran simples hombres, aunque algunos los hayan endiosado. Pero un Dios que muere y no resucita es un pobre Dios. En cambio Cristo, que murió y resucitó, es el único y verdadero Dios.

Y ¿cómo sabemos que Cristo resucitó? Por el testimonio de cerca de quinientos apóstoles y discípulos. Ellos lo vieron y trataron después de su resurrección. Por afirmar esto, fueron amenazados, perseguidos con saña y muchos de ellos sometidos a crueles tormentos y hasta la muerte. Si ellos hubieran inventado la resurrección de su maestro, no es creíble que se hubieran sometido a estos terribles males por sostener una mentira. La resurrección de Cristo, pues, está

rubricada por la sangre de numerosos mártires. La resurrección de Cristo, sin duda, comprueba su irrepetible y singular divinidad, carácter de que carecen los demás maestros morales o fundadores de religiones, con los que quiere compararlo la Nueva Era.

V. ¿QUÉ UN TAL MAITREYA ES EL CRISTO QUE REGRESARA?

La Nueva Era se centra en el retorno de un Cristo que no es el verdadero Cristo. No es el histórico, irreplicable y auténtico Jesús de Nazaret, muerto, resucitado y ascendido a los cielos, desde donde vendrá con gloria y poder para juzgar a vivos y muertos. El "Cristo" que proclama la Nueva Era es una caricatura de Dios verdadero, una copia mentirosa que pretende ser su "encarnación" y se presenta con el nombre de "Maitreya".

Acabamos de ver que para los de la Nueva Era, Cristo no es Dios, sino a lo sumo "un gran maestro". Pero frente a quienes pretenden despojar a Jesús de Nazaret de su carácter divino y sustituirlo por una falsificación, es de vital importancia tener presente la advertencia de San Juan: "¿Y quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es Cristo? Este es el Anticristo, que niega a la vez al Padre y al Hijo. (1 Juan 2,22).

También es el esoterista Benjamín Creme, quien en la citada obra "La Reparación del Cristo y los Maestros de la Sabiduría" (Editorial Índigo, S.A., Barcelona, 2ª. edición 1994), hace una descripción de Maitreya que resumiremos en los siguientes trazos:

"Es el Dios, o enviado de Dios, que todas las religiones esperan que vendrá en el futuro. Los cristianos esperan el retorno de Cristo;... Los musulmanes esperan la venida del Imán Mahdi; los hindúes, el Boddhisalva o Krishna; los judíos el Mesías y los budistas esperan otro Buda, el señor Maitreya...los esoteristas los conocen a todos estos como un solo ser, el instructor del mundo. Dirigente Supremo de la Jerarquía Espiritual de Maestros, y espera su retorno inminente ahora que entramos en la Era de Acuario" (Op. Cit. pp. 27-28).

Maitreya, según Creme "tomó posesión del cuerpo de Jesús" (Op. Cit p. 49).

Su "venida" se está realizando gradualmente y por etapas. (Op. Cit. p. 19).

A imitación de Jesucristo, Maitreya tiene también su Juan Bautista y los discípulos de éste, cuya misión es prepararle el camino (Op. Cit. p. 53).

También Maitreya tiene su equipo de "apóstoles" y los "discípulos" que Creme llama "La Jerarquía Espiritual de Maestros de la Sabiduría" (Op. Cit. p. 24).

La primera etapa de su venida ya se realizó y según Creme "...descendió, no del "cielo", sino de su antiguo retiro en el Himalaya..." (Op. Cit. p. 21).

El viaje de retorno lo hizo Maitreya en avión (!!) y con esto "...así cumplió la profecía de "venir en las nubes" (Op. Cit. p. 57). "El descendió del Himalaya al subcontinente indio y fue a una de sus ciudades principales el 8 de julio de 1977. Tuvo un período de aclimatación entre el 8 y 18 de julio, y entonces el día 19 llegó a cierto país moderno en avión. Ahora es un hombre común en el mundo, un extraordinario hombre común" (Op. Cit. p. 57).

Creme declara que Maitreya vive ahora en Londres (Op. Cit. p.37). aunque otros esoteristas afirman que reside en Pakistan.

Maitreya se está preparando para su aparición pública ante el mundo, lo que se cumplirá con un gigantesco espectáculo por redes de radio y televisión enlazadas a nivel del planeta entero. Creme describe así el gran acontecimiento.

“Dentro de poco se hará una conferencia de prensa internacional, en la cual Maitreya, presentará sus credenciales. Esto ocurrirá el día de la Declaración, cuando Él aparecerá en las redes de radio y televisión enlazadas por satélite. Ese día Maitreya va a overshadow (especie de inducción hipnótica) mentalmente a toda la humanidad simultáneamente. Todos escucharán sus palabras interiormente en el idioma propio: Esta comunicación telepática llegará a todo el mundo, no solamente a los que estén escuchando la radio o mirando la televisión, y cientos de miles de curaciones milagrosas tendrán lugar en todo el mundo. En ese día no habrá duda de que Maitreya es el Cristo, el Imán Mahdi, Maitreya Buda, Kalyú, Avatar; el Instructor mundial. Su misión mundial habrá comenzado abiertamente” (Op. Cit. p. 41). “...Y así se repetirá lo que sucedió en Pentecostés, solo que ahora a escala mundial...” (Op. Cit. p. 52).

¿Y cuál es esa misión de Maitreya?

Establecer un gobierno mundial y una economía también mundial (Op. Cit. pp. 67,162-164), y sobre todo una única religión mundial (Op. Cit. p. 52,163) y ésto último Maitreya lo cumplirá” “...haciéndose cargo del trono de San Pedro, en Roma” (Op. Cit. p. 49).

La semblanza de Maitreya que acabamos de trazar, parecerá el desvarío de un loco. Pero Creme no es una figura solitaria del manicomio esotérico. Muchos otros autores de la Nueva Era hablan de Maitreya en términos iguales o similares. No los citamos en gracia de la brevedad. Pero todo esto es parte de la “dulce conspiración” de la Nueva Era, de que habla con tanto entusiasmo Marilyn Ferguson.

Maitreya, el que se hace pasar por Jesucristo con una parodia de la “parusía” de Jesús, se constituye así en el mismísimo Anticristo. En efecto, si recordamos de nuevo las anteriormente citadas palabras de San Juan en su primera epístola (2,22), ante un personaje que niega que Jesús es el Cristo (y Cristo único e irreplicable); y que no sólo lo niega sino que pretende hacerse pasar por Él, la conclusión es inevitable y necesaria: El tal Maitreya no es el verdadero Cristo, sino, repitámoslo, el mismísimo Anticristo!!

Para que no cayéramos en el engaño, el propio Jesús nos advirtió que no nos comiéramos el cuento de Maitreya-o como se llame el sustituto-con estas palabras del evangelio de San Mateo:

“Si en aquel tiempo alguien les dice: Mirad, el Cristo está aquí o ahí, no lo crean porque se presentarán falsos Cristos y falsos profetas, que harán grandes señales y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, aun a los mismos elegidos. Miren que se lo he advertido de antemano”.

“Por tanto, si alguien les dice: !Está en el desierto!, no vayan. Si dicen, está en tal lugar retirado! No lo crean. En efecto, cuando venga el Hijo del Hombre será como el relámpago que parte de oriente y brilla hasta occidente” (Mt. 24:23-27).

Quedamos, pues, advertidos: la verdadera segunda venida de Cristo a la tierra será repentina y fulgurante como la luz del relámpago, no necesitará que nadie

nos la anuncie ni que se haga como un "show" o espectáculo por la televisión, porque todos la veremos con claridad meridiana.

VI ¿QUÉ LA REENCARNACION ES VERDAD?

La reencarnación es la creencia de que el individuo vive y muere muchas veces, toda una cadena de existencias sucesivas, bajo diversos cuerpos cada vez, hasta perfeccionarse y quedar libre de culpas, para entonces llegar, o al nirvana (algo así como el vacío o la nada), o a disolverse en el gran todo del universo.

Para entender la reencarnación en todo su significado, hay que tener presente que cuando el demonio hizo caer en el pecado de autoidolatría a Adán y a Eva en el paraíso, les prometió tres cosas: que serían como dioses, que tendrían sabiduría y que no morirían (Cfr. Gen. 3,4-5). En nuestro tiempo vuelve a tentar a toda la humanidad con el mismo pecado de convertirnos en dioses sin Dios y también nos promete la sabiduría (gnosis, conciencia alterada o expandida, meditación trascendental, Tao, control mental, etc.) y, por supuesto, la inmortalidad. Para esto último predica ahora la doctrina de la "reencarnación".

Ante la imposibilidad de negar el hecho cierto e ineludible de la muerte, la Nueva Era promete astutamente a sus adeptos una fantástica reencarnación. Y ésta no es sino una copia paupérrima de la inmortalidad. Paupérrima, porque según el budismo y el hinduismo, la reencarnación resulta ser, más que una bendición, una desgracia a que se ven sometidos los hombres por la llamada ley del "Karma", según la cual hay que pagar en vidas futuras los males hechos en vidas pasadas.

Ahora bien, desconociendo la severidad y la seriedad que la doctrina reencarnacionista tiene en las viejas religiones del extremo oriente, los yanquis y europeos han elaborado una versión "light" y bien tranquilizadora del cielo de las vidas sucesivas. Estas sirven, no tanto para pagar las culpas de existencias anteriores, cuanto como pretexto para seguir alegremente en los vicios y pasiones vergonzosas, con la ilusión de contar con nuevas oportunidades de enmienda en reencarnaciones futuras.

De este modo, la desfiguración occidental de la reencarnación, la convierte en estímulo irresponsable para la inmoralidad. Puedo seguir en una vida de depravación, porque luego disfrutaré de otras existencias para arrepentirme, y además, no hay purgatorio, ni infierno con castigo eterno.

La reencarnación, pese a lo que pretenden sus adeptos, no se ha comprobado científicamente. Se aducen las regresiones en trance hipnótico como "prueba". Pero estas experiencias son equivocadas y en manera alguna concluyentes. Hay, por el contrario, fuertes indicios de que una persona forzada bajo hipnotismo a hablar de sus supuestas vidas pasadas, lo que hace es fabular, es decir, que su inconsciente se ve obligado a inventar fantasías.

Otra supuesta "prueba", es la sensación que experimentamos a veces de "haber vivido antes" lo que ahora vivimos. Pero este fenómeno es una simple ilusión de la memoria, que los psicólogos denominan "paramnesia" y que nada tiene que ver con vidas pasadas.

Por otra parte, las supuestas reencarnaciones dejan al hombre sin identidad propia. ¿Quién soy yo? ¿El que fui en mi vida anterior, en la trasanterior, o en la actual, o en la futura? Y si antes fui persona y poco después reencarné en un cerdo o en un asno, quién o qué soy yo en definitiva? Y si me como un buen bistec, ¿no estaré, de pronto, devorándome a la que fue mi abuela? A todas estas consecuencias inclusive ridículas, se llega bajo esta doctrina.

La Nueva Era fomenta la soberbia de sus seguidores haciéndoles creer que don dioses, o pueden alcanzar el estado divino, por cuenta propia y gracias a sus esfuerzos personales. Pero esta descabellada doctrina se estrella contra el hecho inevitable y cierto, que toda criatura algún día habrá de dejar de vivir. La muerte, entonces, pregona el fracaso de todas las autoidolatrías. Los que se proclaman así mismos dioses, deben meditar en ese inexorable destino, si no quieren ver frustradas sus ilusiones.

Desde el punto de vista de la fe cristiana, la resurrección y no la reencarnación, es de lo que habla la Biblia. Así, San Pablo en la epístola a los Hebreos (9,27), declara que morimos una sola vez y después viene para nosotros el juicio de Dios. Y a pecadores notables, como el llamado "buen ladrón", no le dijo Cristo que viviera otras vidas para pagar sus culpas, sino que le prometió: "Hoy estarás conmigo en el paraíso"(Lc. 23,43).

La parábola de las vírgenes prudentes y necias (C t r. MT. 25,13), corrobora la existencia de una sola vida. Calumnian, pues, a Jesús, los que pretenden que Él era reencarnacionista.

La doctrina de la reencarnación niega muchos dogmas y verdades del cristianismo, como el pecado original, la promesa de redención, las profecías mesiánicas y el sacrificio redentor de Cristo, la salvación por la gracia de Dios, la existencia del cielo, del purgatorio y del infierno, etc.

Lo peor de la doctrina reencarnacionista no es sólo fomentar la inmoralidad. Esto so pretexto de contar con varias vidas para rectificar yerros, sino exaltar el orgullo del hombre al hacer a éste, y no a Cristo, el artífice de la redención. El hombre se autopurifica y se autoredime sin necesidad de la gracia y las ayudas de Dios. Se cree autosuficiente y, por eso, rechaza la salvación que Jesucristo nos mereció con su sacrificio en la cruz.

Como triste final de toda esta supuesta cadena de vidas sucesivas, el esfuerzo del hombre por purificarse no tiene como desemboque la eterna felicidad de la gloria con Dios, sino la desaparición del yo, ya por la disolución de la persona en el inmenso todo del cosmos, ya por retorno a la nada (nirvana).

El destino sombrío que la reencarnación le promete al hombre, hace inútiles su libertad, sus esfuerzos sus luchas y sus sacrificios por mejorar y perfeccionarse. Si en definitiva, todo es para la nada y no para la felicidad eterna en compañía de nuestro Creador y Redentor, la reencarnación no es una bendición, sino la más cruel y lúgubre de las frustraciones.

Finalmente, una consideración estadística formulada por Rafael Arango Rodríguez, echa por tierra la reencarnación: En épocas anteriores, había menos gente sobre el planeta. Así, por ejemplo, el tiempo de Cristo hace 20 siglos, el mundo de entonces apenas si contaba con unos cien millones de personas. Pero ya por ejemplo, a fines de la Edad Media, en el siglo XIV, los habitantes del globo se acercaban a mil millones. Hoy aun poco más de siete mil millones.

Antes de estos hechos cabe preguntar entonces: ¿De dónde salieron más almas para ocupar los nuevos cuerpos multiplicados de las personas? ¿De dónde por ejemplo, salieron los novecientos millones de diferencia entre los cien millones del siglo I, y los mil del siglo XIV ¿Ya existían las nuevas almas, o no? ¿Salieron de la nada, o alguien las creó? ¿Quién?

No se responda, que las almas de los que ahora son humanos también pudieron estar antes alojadas en animales, por efecto de castigos debidos al "Karma" y que de allí pasaron a las actuales personas. Este argumento no tiene consistencia, porque no sólo los habitantes humanos de la tierra crecen o aumentan con los años, sino que también se multiplican los animales. Entonces, el interrogante subsiste: ¿De dónde salen las almas de las personas nuevas que viene a la vida con el crecimiento demográfico de año en año? Seamos sinceros: Las estadísticas le juegan una mala pasada a la doctrina de la reencarnación.

VII ¿QUÉ LA MENTE DEL HOMBRE ES TODOPODEROSA?

Mientras el novoerista cree que la mente crea la realidad y que todo lo puede cada uno por sí mismo, el cristiano sabe que también es todopoderoso, pero no por cuenta propia, sino por Dios y en Dios: "Todo lo puedo en Aquél que me fortalece", dice San Pablo (Fil. 4, 13). Y por el contrario, separados de Dios, nada podemos hacer en orden a la salvación eterna: "...Sin Mí nada pueden hacer ustedes" (Jn. 15,5).

EL HOMBRE "SUPERMAN"

Con ademán de prepotencia y orgullo, los profetas de la Nueva Era proclaman la omnipotencia de la mente o conciencia del hombre. Así, por ejemplo, la célebre actriz y escritora Shirley MacLaine, en su libro "Dentro de Mí", (Plaza Janés Editores 3ª edición, Barcelona, 1992), después de declararse así misma: "Soy Dios iluminado" (p.62), afirma: "...nosotros creamos nuestra propia realidad" (p.63). Y en otra de sus obras, "Bailando en la Luz" (Plaza Janés Editores, 3ª. edición, Barcelona, 1992), con énfasis voluntarista, afirma: "...La realidad es solamente aquello que nosotros decidimos que sea" (p.3, 55).

Más soberbios y prepotentes se muestran aún otros corifeos de la Nueva Era, como Henry Thomas Hamblin, quien escribe: "Los hombres...ahora no creen que puedan conseguir favores especiales de Dios por medio de las plegarias, sino creen firmemente que puedan obtener lo que quieren de lo invisible exigiéndolo; piensan que por sus propios medios pueden lograr lo que se proponen, a pesar de todo". ("El Poder está en ti". Editorial Solar, Bogotá, p. 16). Y este autor agrega: "Solo unos pocos se dan cuenta de que poseen el poder infinito en su interior...con la ayuda de este poder podremos realizar hasta lo aparentemente imposible" (Op. Cit. pp. 17 y 26).

El poder será instrumento de nuestros deseos para conseguir lo que queremos: Dinero, salud, belleza, fama, admiración, sabiduría, etc.

LA CONCIENCIA EXPANDIDA O ALTERADA

Ahora bien, ¿cómo acceder a este poder, supuestamente infinito, que el hombre cree tener oculto en su interior y más en concreto, en su mente o en su conciencia? Por medio de la meditación o iluminación y de la visión del núcleo más profundo de nuestro propio ser (conciencia de la conciencia, atención de la atención).

LAS PSICOTÉCNICAS

Para conseguir este propósito llamado de la "conciencia alterada", o "expandida", "ampliada", etc., hay variadas técnicas y métodos: concentración, aislamiento sensorial, hipnosis, ejercicios respiratorios, "biofeedback", relajación, asanas, abluciones especiales, control mental, y hasta uso de drogas alucinógenas y contactos con espíritus de "maestros ascendidos", "guías evolucionados" y "extraterrestres" que han finalizado el ciclo de las reencarnaciones y se han liberado del "Karma".

Todas estas psicotécnicas y procedimientos nos conducirán a experiencias placenteras gratificantes, que nos permitirán llegar a niveles nuevos de conciencia

y a saberes o conocimientos distintos de la fe tradicional. En una palabra, nos permitirán realizar un cambio de mentalidad, y junto con él, a la disponibilidad de poderes para actuar sobre nosotros mismos, sobre los demás y sobre la naturaleza.

VIAJE EGOCÉNTRICO

Destaquemos que a lo largo de todas las experiencias, el hombre vuelve su mirada hacia su interior, y a lo sumo hacia el Todo cósmico indiferenciado, del cual él se considera un fragmento, pero no hacia Dios. Es, por tanto, un viaje egocéntrico que encierra el hombre dentro de sí mismo y le impide abrirse hacia "el trascendente", es decir, a la persona que nos supera y es "absolutamente otro". Además, es estas experiencias se trata de "poner la mente en blanco", es decir, algo así como "el vacío", aunque la Nueva Era las llama "espirituales" o "místicas", no tienen nada de lo uno ni de lo otro. Ellas permanecen en un plano humano sin rozar siquiera lo divino.

En efecto, la "meditación" que practican los de la "Nueva Era", pertenece al campo de la psicología, pero no al de la religión. Es un fenómeno de relación del hombre consigo mismo, (de yo con yo) o con fuerzas no divinas, pero no de relación con Dios, que es lo que constituye el ámbito de lo propiamente "espiritual y místico".

MAESTROS ASCENDIDOS Y EXTRATERRESTRES

Ahora bien, en las experiencias del hombre consigo mismo, o de relación con "extraterrestres", lo que efectivamente sucede con más frecuencia es la comunicación con espíritus de seres que no son de Dios ni vienen de parte de Él, aunque aparenten tal cosa.

En realidad lo que acontece entonces es el contacto con espíritus malignos, demonios, que para tal efecto, como bien advierte San Pablo, se disfrazan de "ángeles de luz" (2 Cor. 11,14) con el objeto de engañar a los que se exponen imprudentemente a ser engañados.

Las personas se exponen a éstos fiascos cuando en lugar de tener la mente puesta en Dios, la dejan "en blanco" o "vacía". Ya el Señor nos advertía del peligro de dejar la casa "vacía" cuando se expulsa a un demonio, porque tal circunstancia es fácilmente aprovechada por otros peores para invadirla y ocuparla (Cfr. Luc. 11,23-26).

Cuando permitimos que los espíritus malignos ocupen nuestra "casa" con la supuesta meditación de la Nueva Era, ¿adquirimos poderes? Hay que responder que, generalmente, sucede que recibimos poderes pero no de Dios, sino del demonio y de sus ángeles perversos.

EL DEMONIO ES UN SER PODEROSO

Dios creó a todos los ángeles buenos e inteligentes y los dotó de variados poderes. Los sometió a una prueba. Un tercio de ellos o se mostraron fieles y de apartaron del amor y amistad de Dios y se vieron arrojados a las tinieblas, donde no pueden gozar de la felicidad eterna que da la visión de Dios. Pero este castigo no les alteró su naturaleza espiritual y, por tanto, tampoco les quitó su formidable inteligencia ni sus no menos formidables poderes.

Dios nos acostumbra a quitar lo que corresponde a la naturaleza de los seres que crea. Por eso, Satanás y sus demonios siguieron disfrutando de sus poderosas fuerzas, con las cuales hacen el mal.

SATANÁS OBRA A TRAVÉS DE LOS BRUJOS

Satanás puede obrar sus "milagros" directamente, o valiéndose de agentes humanos, como las hechiceras, mentalistas y brujos. La Biblia nos trae un ejemplo notable de las intervenciones demoniacas a través de los sacerdotes paganos del Faraón, tal como refiere el libro del Éxodo (7,10 - 12,22 y 8, 2-3). Los sacerdotes y brujos del rey de Egipto, en efecto, compitiendo con los milagros de Moisés y con sus fórmulas ocultas, también convirtieron sus bastones en serpientes e, igualmente, imitaron la plaga de las ranas que invadieron a todo el reino. El poder de los brujos y sacerdotes paganos, sin embargo, era limitado, a diferencia del que Dios había otorgado a Moisés. Así, por ejemplo, la serpiente del bastón de Aarón, ayudante de Moisés, devoró a las salidas de los bastones de los hechiceros {Éx. 7,12}. Tampoco éstos últimos pudieron evitar la plaga de los mosquitos con sus fórmulas secretas (Éx. 8,14), e, igualmente, con las demás plagas, ante las cuales sus poderes mágicos fueron impotentes.

LOS "MILAGROS" DE LA NUEVA ERA

Ahora bien, ante estos hechos, caben dos interpretaciones:

Primera: Para consumir el engaño de los incautos y apartados de Dios, los astutos demonios convencen a los hombres de que son éstos quienes tienen tales poderes extraordinarios (que normalmente exceden a los de la propia mente) y al efecto les permiten obrar como si los tuvieran. De ahí, por ejemplo, las sanaciones propias y de extraños, las levitaciones, el movimiento de objetos a distancia, la comunicación telepática, la operación de cambios en el clima y en la naturaleza, el obligar a otros a tomar ciertas decisiones, el enterarse de cosas secretas, etc. De ahí, en general, los portentos y maravillas que obran los que practican el control mental, la metafísica, la meditación trascendental, el Tao, el yoga, el Zen, etc... Pero no sólo les permiten usar esos poderes a los que utilizan las distintas psicotécnicas de meditación. También a los que sin necesidad de tales psicotécnicas y de tales meditaciones, recurren a medios más groseros y menos refinados, como los cristales de cuarzo, la bola de cristal, las velas de colores, las esencias y aromas, el incienso, el horóscopo, el tarot, la macumba, el voodoo, la santería, el espiritismo, la tabla uija, etc.

Segunda: Dios al crear a Adán y a Eva dotó sus mentes de poderes extraordinarios, que usados en el estado de gracia original, no hubieran tenido peligro. Sin embargo, utilizados fuera de aquel

estado, por la debilitación sufrida en sus potencias por el hombre caído en el pecado, fácilmente pueden prestarse a manipulaciones demoniacas y a tentaciones de hechicería, egocentrismo y autoidolatría.

MARAVILLAS Y PRODIGIOS

No debemos sorprendernos de que detrás de los supuestos y aún reales milagros que obran las personas que practican las distintas gamas de artes y

actividades de la Nueva Era, estén Satanás y sus demonios como causas operantes o manipuladoras.

Ya mostramos que Dios no destruye los seres que creó ni les quita los poderes que les otorgó. Por eso, el propio Jesucristo, al ponernos en guardia sobre los sucesos de los tiempos finales, que precederán a su segunda venida a la tierra, menciona, entre otros, la gran cantidad de "...falsos cristos y falsos profetas que harán cosas maravillosas y prodigios, capaces de engañar, si fuera posible, aún a los elegidos de Dios" (Mt. 24.24)

CURSOS PARA HACER MILAGROS

Retengamos bien las palabras "cosas maravillosas y prodigios" esto es, milagros sensacionalistas. Tal es lo que hoy vemos por doquier, cuando los de la Nueva Era ofrecen a buen precio, claro está, hasta "cursos de imposición de manos", para hacer milagros por cuenta propia.

De este modo se da lugar a una parodia simiesca que busca competir, por vía demoniaca, con los dones y carismas del propio Espíritu Santo, especialmente los de curación o sanación (1Cor. 12,9). Y competir también con Jesucristo, quien prometió que entre las señales que acompañarían a los que creyeran en Él, estarían las de imponer en su nombre las manos sobre los enfermos y sanarlos" (Mr. 16,18). Y toda esta blasfemia se hace, además, con groseros fines de mercantilismo y lucro personal, agregando así al pecado de satanismo, el de Simón el Mago, quien ofreció dinero a los apóstoles para compararles ese poder, como refiere el libro de los Hechos de los apóstoles. (8,9-23).

En el fondo de toda esta orgía de poderes que fomenta el orgullo y el egoísmo de los humanos, se esconde el viejo pecado del propio Lucifer, de ser Dios contra Dios, pero ahora, al proponérselo a la capacidad más limitada de pecar de los hombres, les sugiere que, al menos, pueden ser dioses sin Dios.

Es también el mismo pecado de autoidolatría ("Seréis como dioses") con el que hizo caer en el paraíso terrenal a nuestros primeros padres, Adán y Eva.

El demonio, pues, a lo largo de la historia, no ha hecho más que repetir el mismo planteamiento. Sólo que ahora lo presenta con más dosis de orgullo, pero también con más disfraces, incluso "cristianos", porque en países como el nuestro de tradición católica, lo adoba con abundantes citas de la Sagrada Biblia y hasta mencionando a Cristo, a la Santísima Virgen y a los santos. Pero obsérvese que también los hechiceros y las brujas usan de la misma estratagema de mezclar lo esotérico y oculto con oraciones y frases cristianas. Bien saben ellos que es más fácil hacer tragar un veneno endulzado con miel, que sin ésta.

¿POR QUÉ PERMITE DIOS MILAGROS DEL ANTICRISTO?

Se preguntará ¿por qué Dios permite los milagros de Satanás y de sus brujos, hechiceros, magos, mentalistas y, en especial los del Anticristo?

Aparte de la razón general, ya expresada atrás, de que Dios no retira los poderes de sus criaturas al castigarlas, hay otra muy importante: Dios permite realizar prodigios a su enemigo, con el fin de probar nuestra fidelidad. Así por ejemplo, lo dan a entender los siguientes textos del Deuteronomio:

"Tal vez se presente en tu pueblo quien diga haber tenido alguna visión en sueños y pronostique alguna señal o prodigio. Si ocurre esta señal o este prodigio y él te dice: Vamos, sigamos a otros dioses, dioses que no son de nosotros, y sirvámosles, no hagas caso de las palabras de aquel profeta o soñador; porque Yavé, tu Dios, te prueba para ver si realmente lo amas con todo tu corazón y con toda tu alma" (Dt. 13, 1 – 3)

Algo semejante nos dice San Pablo, en su segunda epístola a los Tesanolicenses:

"La venida del Impío (Anticristo) estará señalada por el influjo de Satanás, con toda clase de milagros, señales y prodigios engañosos, y todo tipo de maldades que seducirán a los que se han de condenar por no haber aceptado el amor de la verdad que los hubiera salvado. Por eso Dios les envía un poder seductor que les hace creer en la mentira, para que sean condenados todos cuantos no creyeron en la verdad y prefirieron la iniquidad". (2 Tes.9-12).

Así, pues, es de prudentes no dejarse deslumbrar ni engatusar por los "milagros" y aún "prodigios", que realicen los seguidores de la Nueva Era.

VIII ¿QUE LOS ASTROS DETERMINAN LA VIDA Y LA SUERTE?

La astrología, que se practicaba desde muy antiguo en las viejas culturas de la humanidad, se basa en la creencia de que los astros determinan los acontecimientos de la vida humana y el destino del hombre, y pronostican el futuro. Según ella, la vida y la suerte de las personas depende de la posición de los cuerpos celestes (constelaciones, estrellas, planetas, satélites, cometas, etc.).

Uno de los instrumentos de la astrología es el horóscopo, que pretende predecir los sucesos de la vida de una persona por el estado del cielo en el momento de su nacimiento.

Se pregunta, entonces, ¿qué valor tienen los pronósticos astrológicos?

Ante todo, no hay que confundir la astronomía, ciencia respetable, con la astrología, superchería esotérica y adivinatoria, que ha sido reciclada por la Nueva Era, al afirmar que estamos pasando de la era de Piscis a la de Acuario. Tal era será una época de paz y armonía en que desaparecerán las viejas religiones reveladas y teístas, como el cristianismo, el judaísmo y el islamismo, para dar paso a una especie de religión universal, la del hombre que se hace divino por sí mismo.

Bajo el supuesto de que todo lo que sucede arriba en el cosmos sucede también en la tierra y de que, por tanto, el "microcosmos" se corresponde con el "macrocosmos", se pretende que los astros son los que rigen la historia y la vida de los hombres.

Es cierto que los astros, por ejemplo el sol y la luna, ejercen ciertos efectos sobre mares, animales y plantas y que si bien influyen sobre los hombres, no los determinan, es decir, dejan intactos su libre albedrío y su facultad de autodeterminación.

Atribuir a los astros - que son simples criaturas y de añadidura criaturas no inteligentes - los atributos del Creador, como el poder de gobernar a los hombres y guiar su destino, es grosera falta de razón y manifiesto pecado de idolatría.

También la astrología es pecado de hechicería, y de ahí que su pretensión de predecir el porvenir mediante los astros sea una forma de someterse al control de los espíritus diabólicos. Por eso la Biblia la prohíbe, por ejemplo, en el Levítico, "... No practiquéis encantamiento ni astrología" (19,26). Y también en el Deuteronomio: "No ha de haber en tí nadie que haga pasar a su hijo o a su hija por el fuego, que practique adivinación, astrología, hechicería o magia, ningún encantador ni consultor de espectros o adivinos, ni evocador de muertos. Porque todo el que hace estas cosas es una abominación para Yavé tu Dios..." (18, 10-12).

La astrología carece de base científica. Por ejemplo, las constelaciones ya no son doce, porque se han descubierto dos más y parece que aún están por descubrirse otras. Esto altera fundamentalmente no sólo el número de los signos del zodiaco, sino Esto altera fundamentalmente no sólo el número de los signos del zodiaco, sino los cálculos de las fechas de tales signos. Tampoco se corresponderían estos signos con los meses que se les asignan, porque la tierra ha variado su eje de inclinación en una diferencia de 30 días.

Ya San Agustín, refutando los fraudes astrológicos, esgrimía el argumento de la suerte bien diferente que muchos gemelos ofrecen en sus vidas, no obstante coincidir en los momentos de su nacimiento y en sus signos zodiacales.

Finalmente, vale la pena citar en extenso los siguientes apartes de un artículo firmado por Alonso Arias Bernal y publicado en el diario "El Espectador", de Bogotá, el 28 de agosto de 1997, en la pág. 3A que dicen:

"¿Se tiene derecho a ejercer una actividad que es un fraude? Quizás podría aceptarse su ejercicio para los casos extremos, cuando está en juego la supervivencia del individuo, pero en general se trata de una fuente indebida de lucro. Los siguientes ejemplos ilustran por qué la astrología es un fraude.

"Bart Bock encontró que los signos del zodiaco de los científicos inscritos en el American Men of Science presentaban una distribución totalmente aleatoria. Posteriormente amplió su estudio a ingenieros, sacerdotes, banqueros, físicos, escritores y marinos, el resultado fue el mismo. Farnsworth demostró, analizando el caso de 2.000 músicos y pintores célebres, que no existe ninguna tendencia de los artistas a nacer bajo el signo Libra o cuando el signo Libra es ascendente, como lo afirma la astrología.

"McGervey estudió las fechas de nacimiento de 6.457 políticos y 16.634 científicos; el reparto entre los distintos signos obedecía exactamente a las leyes del azar. Spell, Deann y Wakefield estudiaron 1.500 líderes para verificar la supuesta influencia de Virgo sobre el liderazgo; los Virgo eran tan abundantes como los demás. Un equipo encabezado por Dean encontró que las personas tendían a pensar que el 97 por ciento de lo que dice su carta astral es correcto. Eso ocurriría tanto si se les daba la propia, así como otra cualquiera.

"Suele pensarse que si usted "es" Aries por ejemplo, esto quiere decir que "nació" bajo el signo de Aries, pero no es así. Los "arianos" nacieron bajo el signo de Piscis y lo mismo ocurre con todos los signos: están desplazados con respecto a los meses. Para muchos esta es una mala noticia. ¡Según la astrología los planetas ejercen influencia decisiva sobre el destino y el carácter de los hombres!. Esto ya es bastante curioso, pero lo que más asombra es que dicha influencia no depende de ninguna de las características físicas de los planetas, sino del nombre con que fueron bautizados.

"Por ejemplo, ¿qué influencia debe ejercer un planeta infernal e inhóspito con 400 grados centígrados de temperatura, cien atmósferas de presión y vientos de 400 kilómetros por hora? Siniestra, diría yo. Pero no, la influencia que "ejerce" es la del amor, el más elevado y sublime sentimiento de que el hombre es capaz ¿Cómo puede ser eso? Muy sencillo, el planeta "se llama" Venus. Ahí está el caso de ese planeta cuyo primer nombre fue Herschel (el de su descubridor) y el segundo Georgium (en honor a un rey de Inglaterra), ¿qué influencia tendría si no se le hubiera cambiado el nombre por el de Urano? Todo esto, además de un engaño, es un gran disparate".

IX. ¿QUE EL HOMBRE ES DIOS POR SÍ MISMO?

¿Qué el hombre es Dios? Definitivamente sí. y esto lo afirman tanto el cristianismo, como las distintas corrientes y modalidades espirituales de la llamada Nueva Era.

El destino del hombre es la divinización. Pero hay dos modos radicalmente diferentes de lograrla: O como resultado de la voluntad y de los esfuerzos del mismo hombre, o como resultado de la libre y humilde aceptación de la gracia de Dios y de la cooperación con ella cumpliendo en todo la voluntad del Señor. Es decir, ser dios con Dios. por Dios y para Dios, o ser sin Él y peor aún, contra Él.

El cristianismo hace la sorprendente afirmación de que el hombre es Dios, o destinado a ser Dios. Esto lo dice, en primer lugar, el propio Jesucristo. en el Evangelio de San Juan, al confirmar lo expresado por el Salmo 81,16, con éstas palabras: "Replicoles Jesús: No está escrito en vuestra ley: Yo dije: ¿dioses sois?". Pues si llamó dioses a aquellos a quienes habló Dios, y no puede faltar la Escritura, decís vosotros que blasfemo, porque he dicho: ¿Soy hijo de Dios? (Jn. 10. 34-36).

San Juan, de su parte, en la primera carta, dice: "Carísimos. ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado qué hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal cual es". (1 Jn. 3,2). En este pasaje San Juan nos afirma categóricamente que el hombre en gracia es un proyecto de Dios, que habrá de consumarse cuando vea al Rey de la Gloria, haciéndose con ello semejante a Él. La visión de Dios es deificante. El que lo ve se hace como Él.

Los partidarios de la Nueva Era, también afirman la condición divina del hombre y sin disimulos lo llaman "Dios". Citaremos algunos ejemplos:

"El hombre es un Dios en embrión..." declara Conny Méndez, en el libro "El Nuevo Pensamiento" (Caracas, 1981, p.78). Y en otra de sus obras, agrega que el ser humano es de "la misma naturaleza de Dios" (El Maravilloso Número 7, en el volumen "Metafísica 4 en 1", Tom. 1, Venediciones, Caracas, 1998, p11).

Shirley MacLaine, en el ya citado libro "Bailando en la Luz" (Edit. Plaza y Janés, Barcelona, 38 edición, 1992) sostiene que "Nosotros somos nuestros propios creadores" (p.376), Y de ahí que "Cada alma es su propio Dios. Nunca debes adorar a nadie ni nada más que a tu propio yo. Porque tú eres Dios. Amarse a sí mismo es amar a Dios" (pp. 375- 376).

Deepak Chopra, no se queda atrás al manifestar: "En realidad, somos la divinidad disfrazada, y el espíritu divino que vive dentro de nosotros en un estado embrionario busca materializarse plenamente" (Las Siete Leyes Espirituales del Éxito". Edit. Norma, Bogotá, reimpresión 17, 1997p.IX).

El exorcista inglés Benjamín Creme, afirma que: "por un acto de su voluntad el hombre creará un día un conjunto de fuerzas y formas a través de las cuales puede manifestarse su inteligencia... De este modo el hombre se conocerá como el ser divino que es" (La Reparación del Cristo y los Maestros de la Sabiduría". Edit. Índigo. Barcelona, 1994. 28 edición, p.34).

Sin embargo, los norteamericanos Leonard Orr y Sondra Ray son, tal vez, los que mayor gala hacen de artificios sofisticas para convencernos de la autodivinización del hombre y ello pretendiendo escudarse en la misma Biblia para hacer de ella un

respaldo de lo absolutamente antibíblico: "El pecado original". escriben los mencionados autores, "es creer que tú no eres Dios" ("Renacer a una Nueva Vida, "Rebirthing". C.S. ediciones, Bs.As., 1991, p.215).

Con un malabarismo de palabras Orr y Ray construyen un burdo sofisma para transformar el primer mandamiento del Decálogo, que pide amar a Dios sobre todas las cosas y prohíbe la idolatría ("Tú no tendrás otros dioses fuera de Mí" (Ex. 20.3), en una explicación para justificar lo injustificable: ¡La autoidolatría!! He aquí sus textuales palabras:

"Primero tenemos que definir "Tú". "Tú" eres tú mismo. Luego tenemos que definir "Mi" (yo). "Yo" eres tú también. Dios es "Tú" y "Yo" (de otra manera habría más de un Dios). "Yo" es el Dios de cada uno. El "Yo" tuyo es el mismo "Yo" mío. El "Yo" tuyo y el "Yo" mío son uno y el mismo, que es Dios. Este mandamiento dice: "Yo soy Dios o tú eres Dios. Y como tú eres Dios, tú tienes que crear a Dios. El hombre creó a Dios a imagen y semejanza suya• (Op. Cit. 240).

Son ejemplos, entre muchos, de cómo los voceros y representantes de la Nueva Era se valen de la palabra de Dios para "torcerle el pescuezo" y hacerle decir exactamente lo contrario de lo que ella dice.

Pero si tanto el cristianismo como la Nueva Era convienen en que el hombre es Dios, o un proyecto de Dios, no coinciden ni en los alcances y sentido de esta afirmación ni en el modo como el hombre puede conseguir semejante destino.

En efecto, mientras la Nueva Era sostiene que el hombre es Dios por

virtud de su propio ser, esto es Dios por naturaleza; el cristianismo nos dice que el hombre tiene naturaleza de criatura y, por tanto, de ser contingente y finito, lo que establece una sustancial diferencia con el ser increado, necesario e infinito, que es Dios. Una comparación nos permite aclarar mejor esto: Dios es luz. Y Dios, como el sol, tiene luz propia (e increada). Los hombres, como los planetas, aparecen iluminados sólo en la medida en que reciben la luz del astro rey.

Dios, en efecto, es increado y eterno y se autodefinió muy bien diciendo de sí mismo, en el libro del Éxodo: "Soy el que Soy" (Ex.

3,14). Esto significa que Él existe por sí mismo, sin necesidad de ningún otro. El hombre, en cambio, es el que ha sido hecho, lo que quiere decir, que necesitó de Otro para existir y que no tiene en sí mismo la razón suficiente de su existencia. Es un ser "contingente", no "necesario". Por eso, la posibilidad de divinización del hombre no puede estar en su propio ser o naturaleza, sino en su participación en la naturaleza de ese otro ser superior y anterior a él (Cfr. 2 Pedro 1,4). En la Nueva Era hay, pues, un inaceptable reemplazo del teocentrismo por el antropocentrismo, de la religión de Dios que se ha hecho hombre por la religión del hombre ensoberbecido que pretende por sí mismo hacerse Dios. Es la repetición del intento de la criatura humana de usurpar el lugar del Creador.

En segundo lugar, la Nueva Era sostiene que el hombre, Dios en potencia o en germen, puede por sí mismo, con sus solas fuerzas, sin necesidad de dones gratuitos ni de ayuda sobrenatural alguna, alcanzar, desarrollar o desplegar esa supuesta divinidad que él posee en virtud de su propia naturaleza. Aquí estamos en presencia de un proceso de autodivinización. De este modo, según la Nueva Era, el hombre llegará a ser Dios sin necesidad de Dios.

Ser Dios sin necesidad de Dios es configurar la más pavorosa soberbia y con ella la egolatría. Ególatra es el que cree no depender de nadie distinto de él mismo. Sin embargo, las dependencias múltiples y bien reales que pesan sobre todo hombre, deberían ser suficiente argumento para desinflar todas las jactancias del ego que se endiosa a sí mismo. Lo difícil es que la soberbia, raíz y motor de la autoidolatría, poco entiende de límites y razones.

En la perspectiva cristiana no es posible que Dios haga en el hombre la obra de su divinización, sin que éste reconozca primero su condición de criatura y su propia insignificancia. He aquí otra diferencia tajante entre la divinización cumplida en Jesucristo, por Él y para Él, y la autoidolatría a que invita la Nueva Era: Mientras Dios hace de los humildes sus semejantes, el diablo de los soberbios hace los suyos.

El cristianismo sabe de las limitaciones e imperfecciones del hombre y, en especial, de su inclinación constante al pecado y el mal: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañaríamos y la verdad no estaría en nosotros" (1 Jn. 1.8). De aquí que San Pablo, en el Capítulo VII en su Epístola a los Romanos, constata una verdad profunda (ya entrevista por los mismos paganos, como el poeta Ovidio), cuando en resumen, nos dice con acento desgarrador: "Desgraciado de mí, porque veo el bien, quiero el bien y, sin embargo, hago el mal que detesto".

A partir de la comprobación empírica y existencial referida por San Pablo, se abren paso con necesidad absoluta, los auxilios de Dios al hombre, es decir, la necesidad de la gracia para obrar el bien y santificarse. Y esto tendrá como consecuencia que el hombre, por sí mismo y con sus solas fuerzas, jamás podrá poner en marcha el proyecto de su divinización. Que no se envanezca, entonces, pensando que podrá ser Dios sin Dios y menos contra Dios.

La realidad de nuestros límites debería ser freno natural de la tentación de autoidolatría ipero no! El hombre se ilusiona con perfecciones que no posee y con omnipotencias imaginarias. Definitivamente, los límites nada dicen a quienes, cegados por el orgullo, no quieren verlos.

El mayor de los límites es la muerte. Esta pregona el fracaso de todas las autoidolatrías. Los que con tanta ligereza como autosuficiencia se proclaman dioses por cuenta propia, deberían meditar seriamente en el inevitable final de todos los mortales. Pero la astucia de los pregoneros de la Nueva Era trata de disimular el fracaso de la muerte, prometiendo a sus adeptos, en compensación, la no menos fantástica "reencarnación", según vimos atrás.

Somos dioses, sí, pero con "d" minúscula, a manera de satélites que giran alrededor del Sol de los Soles y que de él reciben la luz, no de astros independientes dotados de brillo propio. Somos dioses, sí, más no orgullosamente junto a Él, haciendo serie con Él, sino humildemente dentro de Él: "Porque dentro de Él vivimos, nos movemos y existimos..." (Hech.17,28).

Así que nuestro ser de criaturas y nuestro destino de dioses no son cosa propia, sino, por así decirlo, "prestados". No hay, pues, paridad alguna de nosotros con el Señor. Así se lo hizo confesar Yavé al orgulloso rey Antíoco, cuando reconoció: "... Es justo someterse a Dios. El mortal no debe igualarse a Él". (2 Mac. 9,12). Por ello, la Escritura Santa afirma con razón: "Juro por mi vida, dice el Señor, que ante mí, todos doblarán la rodilla y todos alabarán a Dios". (Rom. 14,11). Y como conclusión, esto: La divinización del hombre no proviene del hombre, sino de Dios.

Al inducirnos la Nueva Era a ser dioses independientemente de Dios y aún en abierta competencia con Él, nos quiere llevar a repetir el viejo pecado de Adán y Eva de ser dioses sin Dios, como relata el Capítulo 111 del libro del Génesis. Esta falta de nuestros primeros padres no es, a su turno, sino una versión apenas atenuada del propio pecado de Lucifer de ser dios contra Dios (Cfr. Is. 14,12-14; Ex. 28, 2-5; 2 Pedro 2,4 y Jud. 6). En el paraíso terrenal, según el relato bíblico (Gén, 3, 4- 5), la astuta serpiente hizo a nuestros primeros padres tres promesas tramposas, para que comieran del fruto del árbol prohibido: 1ª. "No moriréis" (ahora es la "reencarnación"); 2ª. "Se os abrirán los ojos" (Iluminación, gnosis, conciencia expandida o alterada, etc.) y 3ª. "Seréis como Dioses". (autoidolatría).

De este modo, la antigua serpiente, que en la actualidad se ha magnificado como poderoso Dragón (Ap. 12,3), susurra al oído de la humanidad incauta la misma y archiconocida tentación de antes. Ella es presentada ahora a los cristianos con palabras melosas y frases bíblicas, pero eso sí, tergiversadas, o citadas fuera de contexto. A los paganos la propuesta autoidolátrica se les hace con visos de ciencia, psicología transpersonal, o filosofía profunda.

Quitados, sin embargo, todos los disfraces y el hábil maquillaje, se trata en el fondo de estratagemas que inducen a volver a las viejas fábulas, según nos lo advierte San Pablo, en la segunda epístola a Timoteo: "Pues vendrá un tiempo en que los hombres ya no soportarán la sana doctrina, sino que se buscarán un montón de maestros según sus deseos. Estarán ávidos de novedades y se apartarán de la verdad para volverse hacia puros cuentos"(Tim. 4, 3-4).

El castigo, ya en esta vida, para los engreídos que se autodivinizan y se adoran a sí mismos, pretendiendo con ello afirmar su soberanía y realizar su propio ser, es la doble destrucción del valor divino y humano del hombre y con ello, la suma frustración e infelicidad del mismo.

La autoidolatría, el más satánico de los pecados, desemboca más temprano que tarde, en la autonegación del hombre. Es lo que se puede constatar en la actualidad con el creciente desprecio del hombre por el hombre, no obstante las ampulosas y fementidas declaraciones de "Derechos Humanos", que también se violan y niegan de continuo, entre otras razones, porque pretenden ser la ley del embudo; es decir, libertades, garantías y prerrogativas para cada uno, sin la contrapartida de los correlativos deberes, cargas y obligaciones. Pareciera que los hombres que a sí mismos se han declarado dioses, sólo tuvieran derechos, pero el resultado es que en la práctica no tienen ninguno.

X. ¿QUE NO HAY DIFERENCIA ENTRE EL BIEN Y EL MAL?

Los partidarios de la Nueva Era sostienen que no existen el bien y el mal, o que no hay diferencia entre ellos. Niegan también la existencia del pecado, o lo explican como un error de conocimiento, una simple debilidad psicológica, o una imperfección, todo lo cual sería subsanable por el propio hombre sin necesidad de la gracia y el perdón de Dios.

Escuchemos lo que nos dice, por ejemplo, Shirley Mac Laine, sobre este tema: "No existe nada parecido al bien y al mal: Únicamente hay conciencias iluminadas o ignorancia... Hasta que la humanidad se dé cuenta de que en realidad no existe el bien y que, en verdad no existe el mal, no habrá paz". ("Bailando en la Luz". Edit. Plaza y Janes, Barcelona, 38 Edición 1992, pp. 360, 374).

Mitch Pacwa. S.J. en su libro "Los Católicos y la Nueva Era" (Florida, Centre for Peace, Miami, 1992) trae las siguientes citas:

"El fallecido Shree Rajneesh, dijo: "Mi ashram, no hace diferencias entre lo demoniaco y lo divino". Swami Vivekananda, enseñaba: "El bien y el mal son una sola cosa y lo mismo" y "El Asesino, también es Dios" (p. 39).

Para Conny Méndez, quien ignora lo que realmente es la confesión para los católicos, el pecado es un simple error:

"... El hecho preciso de reconocer la falta en nosotros equivale a la confesión católica y por lo tanto el error (que los católicos llaman "pecado") ya está perdonado. ("Un Tesoro más para Ti", Bienes Lacónicos, C.A. Miami, 1986, p.14).

Más audaz se muestra aún Conny Méndez, en otra de sus obras, al hacer alarde voluntarista de su propia divinidad para negar la culpa y el pecado:

"Cada vez que la mente (tu conciencia terrena) te acuse de algún defecto, ¡protesta!"

"No le permitan a ella ni a nadie más que le tilden de cosa alguna que no sea perfecta".

"Tal como estás leyendo: ¡Protesta!"

"Di: Imposible. No acepto. Yo no soy así. YO SOY PERFECTO". ("El Nuevo Pensamiento", Caracas. 1981, p.23).

¿Cuáles son las consecuencias lógicas de las peregrinas ideas de los representantes de la Nueva Era, sobre el bien y el mal y el pecado? No es difícil adivinarlas. Desaparecidas las fronteras entre el bien y el mal, desaparecerán también las diferencias, por ejemplo, entre la verdad y la mentira, entre la justicia y la inequidad, entre el matrimonio y el concubinato, entre la fidelidad y el adulterio, entre la autoridad y la tiranía, entre la libertad y el libertinaje, entre el arte y la pornografía, en suma, entre la virtud y el vicio.

La contaminación de la luz por las tinieblas, es pues, el resultado siniestro del irresponsable desconocimiento de las diferencias entre el bien y el mal. Igualmente, el resultado será también la destrucción del orden moral y hasta la posibilidad misma de formularlo. Aniquilado el orden moral se hará impracticable la

recta convivencia y la relación de amor entre Dios y los hombres, y también entre hombres y hombres y entre éstos y la naturaleza.

La cohabitación de los valores con los antivalores y, peor, la confusión entre ellos, deja sin defensas al hombre y a la sociedad y más aún, impide que incluso puedan quejarse o protestar por ello: ¿Con qué lógica se podrían condenar, por ejemplo, los crímenes de Stalin en la ex Unión Soviética, el siniestro holocausto de seis millones de judíos por Hitler bajo el nazismo, los horrores del "apartheid" en Sur África y del racismo en los Estados Unidos? Todas las atrocidades e injusticias quedarían santificadas, si no hubiera diferencia entre lo recto y lo torcido: Los abortos, el abandono familiar, el machismo, la prostitución, el homosexualismo, la avaricia, la traición, el robo, el atraco, la idolatría, etc. etc. Los que tales cosas hicieran no estarían obrando el mal, ni cometerían "pecado" alguno. En el peor de los casos, apenas habrían incurrido en "imperfecciones" o "errores" y hasta tal vez en comportamientos psíquicos morbosos, pero de ninguna manera serían culpables.

Las crudas palabras de Conny Méndez, citadas al principio de este capítulo, nos dan la pista para desentrañar la causa oculta por la que los partidarios de la Nueva Era pretenden negar el pecado y las diferencias entre el bien y el mal.

En forma descarnada y brutal lo expresa también Aleistar Crowley, quien pretende haber recibido revelaciones de un personaje misterioso del más allá, llamado Alwars, con estas palabras: "La ley es haz lo que quieras...Sólo tienes derecho de hacer tu voluntad. Hazla y nadie se opondrá" ("El Libro de la Ley", Edit. Humanistas, Barcelona, 1ª, Edición, 1992, pp.15,44).

Es obvio que si cada cual tiene el derecho de hacer sólo lo que le viene en gana, se acaba la posibilidad misma de cualquier ley moral.

Anotemos, por tanto, que la mayor diferencia entre los pecados de ayer y los de hoy, radica en que los que se cometían antes era violando los mandamientos del Decálogo, y los de ahora, derogándolo. De este modo, el pecado actualmente se reviste de mayor soberbia. El hombre de nuestra época pretende definir por sí mismo lo que es el bien y el mal. Esto, repitémoslo, es parte de su reclamo de libertad absoluta y de derechos sin deberes, todo lo cual brota a su turno de su jactancia autoidolátrica.

La destrucción del orden moral como consecuencia directa de la autoidolatría, también aparece en las palabras siguientes de Leonard Orr y Sondra Ray. Ya vimos en el capítulo anterior cómo estos autores, por un malabarismo de crudos sofismas, transforman el primer mandamiento de la ley de Dios, que prescribe amarlo a Él sobre todas las cosas y prohíbe, por consiguiente, adorar ídolos, en un mandato para darnos adoración a nosotros mismos. Pues bien, fieles a esa autoidolatría, estos mismos autores hacen una mutación similar con cada uno de los restantes mandamientos. Así, por ejemplo, con el que nos prohíbe el adulterio:

"...Si tú adulteras el Primer Mandamiento, entonces todo lo que hagas, será adulterio. Mientras te honres a tí mismo como a Dios, no estarás adulterando la verdad y estará todo bien. Como eres Dios, podrás decidir que estás casado hoy y que no estás casado esta noche (luego puedes dormir con otra mujer) y que estás casado mañana otra vez... Si eres Dios tienes derecho de hacer eso..." ("Renacer a la Nueva Era. Rebirthing". CS Ediciones, Bs.As., 1991, p.245).

La negación de diferencia entre el bien y el mal es consecuencia directa de la autoidolatría, porque desde que yo creo en mi divinidad por naturaleza (y no como don de Dios), es entonces lógico considerar que todo lo que hago es naturalmente bueno, aún inclusive si de suyo fuera malo. Si yo soy Dios, todo lo mío necesariamente será bueno. El mal que yo haga de hecho, o es bueno, o es pura ilusión mía. O simple error de mi mente, es decir, ignorancia.

El fruto envenenado de toda autoidolatría, es la destrucción del orden ético, y la consiguiente proclamación de una moral egocéntrica.

También la autoidolatría significa la destrucción del orden de la gracia ya que, o hace inútil la redención de Cristo cumplida con su muerte en la cruz, o postula una orgullosa redención por cuenta propia. En efecto, si no hay pecado, sino simples imperfecciones o errores subsanables por el mismo que incurre en ellos, la sangre de Jesús, vertida en la cruz, no tenía razón de ser y, por tanto, tampoco nuestra salvación obrada por sus méritos. Para la Nueva Era, Cristo no tiene que redimirnos de nada. Así, por ejemplo, lo asevera crudamente Conny Méndez: "Nadie puede redimir a otro... Es imposible para alguien "salvar" a otro. La idea de un Salvador personal y que Jesús "Salvará" a aquellos que creen en Él no es verdad!... Cada uno debe hacer eso por sí mismo"..."(El Nuevo Pensamiento", Caracas, 1981, pp. 40 y 156).

Según lo que acabamos de leer, nosotros mismos nos redimimos en la medida en que vayamos corrigiendo nuestras "imperfecciones", a través de las sucesivas reencarnaciones. Todo lo anterior hace vana la gracia y los sacramentos mediante los cuales Dios nos la comunica, en especial la confesión, la eucaristía, la unción de enfermos y hasta el propio bautismo (ya que tampoco hay pecado original).

Colateralmente, la negación del pecado, deja sin piso la existencia del castigo eterno (infierno) y la del castigo temporal (purgatorio) y elimina igualmente la existencia de Satanás y de los ángeles caídos.

Rechazar el pecado y la culpa es rechazar también la necesidad del arrepentimiento y del perdón. Y aquí parece contradecirse la Nueva Era, porque al reconocer el "Karma" (que según ella haría necesario el ciclo de las reencarnaciones), de alguna manera reconoce también la culpa que pesa sobre el hombre y de la que no puede liberarse, al menos en esta vida. Y porque esa culpa lo oprime, busca. Cabalmente, una oportunidad de redimirla mediante la reencarnación.

En el fondo de la teoría que niega la existencia del pecado y la diferencia entre el bien y el mal, hemos mostrado que se esconde la autoidolatría y un concepto exageradamente optimista, ilusorio e irreal sobre la bondad del hombre. Y aunque, efectivamente, el hombre es bueno en su naturaleza, y así fue creado por Dios (Gen. 1,31), cayó en pecado de autoidolatría y su naturaleza, a pesar de que no se corrompió, si quedó herida y debilitada. Desde entonces quedó con inclinación al mal. Ya recordamos atrás el grito desgarrador de San Pablo y que es, sin excepción, el grito de todo ser humano, a quien su propia experiencia existencial le muestra a cada paso sus límites: "Veo el bien, quiero el bien, pero idesgraciado de mí! ihago el mal que aborrasco! (Rom. 7,15-55). De aquí que San Juan declare con sobrada razón: "Si dijéramos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y, la verdad no estaría en nosotros". (Jn. 1,8).

En efecto, si no hubiera pecado ¿Por qué entonces el sentimiento de culpa y angustia en el hombre, tal como lo constata la generalidad de los psicólogos y

psiquiatras, aunque algunos de ellos lo atribuyan equivocadamente a causas ajenas a la responsabilidad del mismo hombre? ¿Por qué el remordimiento? ¿Por qué el arrepentimiento? Es la conciencia del hombre la que lo acusa. Y lo acusa y él se sabe acusado con razón, precisamente porque es culpable de sus pecados.

Pero ahora de lo que se trata es de determinar cómo liberarnos de la culpa y el pecado: O por nuestros propios medios y esfuerzos, es decir por "auto-redención" (ya se cumpla en esta vida por medios psicológicos y humanos, ya en otra u otras por medio de las reencarnaciones). O, por el contrario, por medio de mi arrepentimiento y el perdón de Jesucristo, dones de la gracia, debidos a los méritos de su muerte en la cruz (redención).

Los seguidores de la Nueva Era tienen variadas respuestas, pero todas coinciden en el fondo en la idea de que el hombre se perdona a sí mismo y no en que Dios otorga el perdón. Así, por ejemplo, lo dice Shirley Mac Laine:

"He descubierto que primero tengo que admitir que tengo miedo, o que estoy enfadada, o que me siento rechazada o indigna. Luego puedo perdonarme por haberme permitido esa desarmonía. Cuando me perdono, la curación comienza" ("Dentro de Mí". Edit. Plaza y Janes, Barcelona. 38 Edición, 1992. p. 87).

Conny Méndez, con una oración henchida de soberbia, como la que relata el Evangelio de San Lucas (18, 9-14), del fariseo orgulloso frente al humilde publicano, también hace del auto-perdón el remedio para las culpas de nuestras faltas:

"Yo soy la resurrección y la vida del decreto constructivo que hice respecto a esta situación. Me perdono esta recaída. Yo soy la ley del perdón y la llama transmutadora de todos los errores cometidos por mí y por toda la humanidad. Gracias Padre que me has oído" ("Te Regalo lo que se te Antoje", en Metafísica 4 en 1, Venediciones, Caracas, p. 77).

Ante la "oración" anterior de la gran maestra esotérica de la "metafísica", sólo faltaría anotar que la densidad de su jactanciosa autosuficiencia no queda atenuada porque en ella dé gracias al Padre, porque también el fariseo de la parábola de Lucas lo hacía: "¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres..." (Le. 18,11). La gratitud a Dios es pertinente, pero por un motivo diametralmente opuesto, es decir, porque reconociéndonos culpables, el Señor Jesús pronunció estas palabras de misericordia "No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores" (Mt. 9.13).

XI. ¿QUE SE PUEDE AMAR SIN DIOS?

Los representantes y activistas de la Nueva Era, con excepción de los grupos y movimientos que dan culto directo a Satanás, predicán con gran énfasis el amor mutuo entre los hombres y se complacen en describirnos lo que será el mundo futuro anhelado por ellos, donde reinarán la fraternidad y la paz. Es el mundo de la era de Acuario, a diferencia de la era de Piscis, donde el cristianismo fue incapaz de construir semejante paraíso. Ahora, ellos se proponen hacerlo en su reemplazo.

Conny Méndez, describe así el edén que llegará, o está llegado (!!) con la Nueva Era:

"La Era de la Libertad está a la mano. Los primeros signos débiles de esta perfección, están ahora amaneciendo en el horizonte de la tierra, donde un mundo tan hermoso como un sueño, reemplazará toda imperfección y deslealtad; donde solamente la paz, la belleza y la alegría, residirán dentro de cada hombre, mujer y niño; donde la pobreza, la enfermedad, la guerra y hasta la muerte misma dejarán de existir" ("El Nuevo Pensamiento", Caracas, 1981, p. 152).

Ahora bien, el "sendero" para llegar a ese paraíso es apartarse del egoísmo y del odio y practicar el amor. La misma Conny Méndez lo repite continuamente en casi todos sus libros. Así, por ejemplo, en el intitulado: "Te Regalo lo que se te Antoje" (Edit. Bienes Lacónica, C.A. Caracas), al cual pertenecen estos párrafos:

"Para saber si estoy realmente en el sendero:

1. Si siempre busco el bien en cada situación, persona y cosa...
2. Si perdono a todo el mundo sin excepción, no importa lo que hayan hecho...
3. Si considero mi trabajo o tarea diaria como una cosa sagrada, tratando de cumplirla lo mejor posible (gústeme o no)...
4. Si trato de rendir servicio a los demás, sin hacerlo de manera majadera ni fastidiosa...
5. Si aprovecho todas las ocasiones de hacer conocer la verdad a otros, de una forma sabia y discreta...
6. Si evito incondicionalmente la crítica, negándome a escucharla o apoyarla... "

(Op. Cito p.18).

J.J. Van der Leeuw, de su parte, aconseja:

"Ante todo sentir amor, no el amor que desea poseer, sino el amor profesado generosamente a todos los seres y todas las cosas... Hinchid vuestro cuerpo astral de esta devoción... Sentid que vuestro corazón rebosa de piedad por cuantos sufren en el ancho mundo... Hemos de emplear la voluntad en el único propósito de lograr la perfección en beneficio del mundo; hemos de emplear el amor para identificarnos con nuestro propósito; y hemos de emplear el pensamiento para crearlo y realizarlo" (pp. 33, 34,74).

Consejos semejantes se derrochan, por ejemplo, en los escritos de Henry Thomas Hamblin:".

"...El hombre no ha de usar sus poderes espirituales para fines egoístas y para su propio encumbramiento." ("El poder está en Ti". Edit, Solar, Bogotá, p.38). Y más adelante, continúa: "Ha de haber un propósito en la vida y éste debe concentrarse al mejoramiento de la vida de los demás. sean pocos o muchos. La ley del servicio ha de ser obedecida; de lo contrario no puede haber felicidad" (Op. Cit. p.91).

Si bien es cierto que la mayor parte de los promotores de la Nueva Era aconsejan amar a todos y a todo de una manera noble y desinteresada, sin embargo, hay quienes tienen una concepción utilitaria y hasta egocéntrica del amor.

Así, por ejemplo, L. Ronad Hubbard, el fundador de la llamada "Dianética", en el opúsculo "El Camino de la Felicidad", pretende dar "...el primer código moral no religioso basado totalmente en el sentido común" (Edit. El Tiempo, Ltda., Bogotá, contrasolapa). Sólo que "el sentido común" de que habla Hubbard no es sino el yo de cada uno atento a su propia conveniencia o interés egoísta. He aquí, algunos preceptos de la ética de este maestro:

"2. Sé moderado.

"Las personas que usan drogas... en la carretera, en un encuentro casual, en la casa, pueden resultar peligrosas para ti... disuade a la gente de usar drogas" (p. 5)

"3. No seas promiscuo.

"Se fiel a tu pareja... la infidelidad puede reducir drásticamente la propia supervivencia. La historia y los periódicos traen torrentes de casos de la violencia de las pasiones humanas desatadas por la infidelidad... La "culpa" es el menor de los males... un "sentimiento de culpa" está lejos de ser tan cortante como una puñalada en la espalda o vidrio molido en la sopa. Además... si no insistes en la fidelidad de tu pareja te estás exponiendo a contraer enfermedades". (P.6).

También el amor o atención al prójimo se justifican sólo por tu propia conveniencia, según este moralista de la Nueva Era.

"Cuando alguien esté enfermo, insiste en que tome las debidas precauciones y reciba atención adecuada... Estas personas son un riesgo para tí. Tienes todo el derecho en insistir en que la gente se bañe con regularidad y se lave las manos... La gente que no se alimenta adecuadamente no es de gran ayuda para ti..." (p.4).

La muestra anterior nos pone de presente cómo el egoísmo, y no el amor, es la base de esta "moral", que bien pudiera calificarse de egocéntrica, porque, en el fondo equivale a hacer de la inmoralidad el fundamento de la moral!!!

Pero el caso de Hubbard no es aislado. Los maestros del "Rebirthing" hacen estas no menos contradictorias declaraciones:

"El amor perfecto borra los miedos. El Amor Perfecto es amarse a uno mismo incondicionalmente, amarte hasta cuando estás odiando a tus padres, a Dios, a los doctores y/o a ti mismo". ("Renacer a la Nueva Era, Rebirthing", Leonard Orr y Sondra Ray, C.S. Ediciones, Bs.As., 1991' p.57).

Y más adelante, Orr y Ray refuerzan su idea con estas palabras el "... Amor Incondicional es un aspecto primario del Ser Infinitos. Al amarte a ti mismo incondicionalmente, te acercas a verte como el Creador te ve" (Op. Cit. p.150).

Y de ese "amor incondicional" por uno mismo brotan para Orr y Ray, preceptos como los siguientes:

"Yo... me quiero. Yo soy una persona amable". "Yo... me soy muy agradable a mí mismo..."

"Yo... me quiero, por consiguiente yo quiero a otros"

"Yo... me quiero, por consiguiente los otros me quieren a mí". (Op Cit. p.83).

Nada difícil es catalogar la ética y el concepto del amor que nos prescriben los mencionados autores Orr y Ray, como la apoteosis del narcismo.

Como advertimos al principio de este capítulo, no todos los partidarios de la Nueva Era nos ofrecen una moral tan crudamente utilitaria o egocéntrica, como la de Hubbard, Orr o Ray. Hay formulaciones de gran altruismo y desinterés. Pero aquí la tacha que podemos hacerles no es la que quiere convertir el egoísmo en el motor de los actos morales, sino la ingenuidad y, finalmente, la ineficacia de una ética meramente humana, "civil" o "laica", es decir, sin inspiración y fundamento en Dios, o sea en el ser que es la bondad misma y la fuente absoluta de todo bien y amor.

Si a pesar de lo dicho, pensáramos que la ética meramente humana, y sin anclajes divinos, es pertinente y eficaz, tratemos de responder seriamente las siguientes preguntas:

¿Es posible la fraternidad humana sin la paternidad divina? Es decir, ¿podrían de verdad los hombres vivir como hermanos y tratarse como tales, si no tuvieran un Padre común en los cielos? En breve, ¿Se puede amar sin Dios?

Nuestra respuesta es: Si se puede amar sin Dios, es decir, podemos querer el bien y la felicidad de los demás sin necesidad de Dios, pero... y hay muchos "peros", que conviene analizar ahora.

El astuto demonio no tienta a las personas del mismo modo, sino a cada una según sus inclinaciones, sus circunstancias y su estado moral y espiritual. Así, a los virtuosos no tienta con cosas depravadas, sino con cosas que son ciertamente buenas, pero no santas, o si se prefiere, buenas pero no las mejores.

Así, por ejemplo, mientras a los inclinados a la venganza seduce con el odio, a las personas de buena voluntad, busca inducirlas al amor mutuo, pero sin motivación divina, es decir, a un amor meramente humano y sin referencia alguna a la fuente de todo amor, que es Dios. Es una táctica habilidosa en que fácilmente caen los desprevenidos, que con poco o ningún discernimiento "tragan entero" y caen así en las redes del enemigo de Dios.

De acuerdo con esta estrategia selectiva, es corriente encontrar hoy en las diversas manifestaciones, grupos y tendencias de la Nueva Era, al menos dos grandes propuestas en materia de ética y comportamiento moral: Una que, con la misma terminología del "rock", podría denominarse "metálica", "pesada" o "negra".

Esta, con toda clase de mensajes, ya directos, ya subliminales, incita a las personas a la desenfundada búsqueda de dinero, poder, prestigio, placer, a la drogadicción, a la promiscuidad sexual, al homosexualismo, al aborto, al suicidio, y en general a toda suerte de vicios y depravaciones, incluido el culto al propio Príncipe de las Tinieblas.

Hay, sin embargo, otra propuesta moral menos aberrante y maquillada de bondades. Es la que podría llamarse "versión rosa", "light" o "blanca" y que consiste en aconsejar audazmente el cumplimiento del mismísimo Decálogo, pero de modo parcial y mutilado, precisamente, en la raíz y fundamento de todos los mandamientos, que es el primero de ellos y que ordena amar a Dios sobre todas las personas y cosas, y a aquéllas y a éstas sólo por razón del mismo Dios.

Un ejemplo notable de esta versión risueña de la moral, se encuentra, por ejemplo, en los libros de la ya citada Conny Méndez, la venezolana propagandista de la llamada "Metafísica". Ella no ahorra palabra para recomendar a sus adeptos toda clase de virtudes: Veracidad, justicia, paz, mansedumbre, templanza, castidad y, naturalmente, amor mutuo y fraternidad, etc. Todas las virtudes excepto las contenidas en el primer mandamiento del Decálogo, y que deben ordenar todas las demás a Dios. Sin esta subordinación de las virtudes a Dios, ellas, como el diría el genial escritor inglés Chesterton, se enloquecen. Virtudes locas son virtudes sin Dios, que, aunque tienen un valor humano, finalmente no sirven a quien las practica para cumplir la suprema finalidad de la vida, que es la salvación eterna.

Virtudes con valor humano, sin valor divino!! Es una manera habilidosa del Enemigo de Dios de manipular a los hombres, precisamente con las cosas buenas. A este mismo género de virtudes castradas de eternidad y trascendencia, pertenecen también las diferentes ofertas filantrópicas y de morales "civiles" o "laicas", que pretenden hacer a los hombres "buenos" sin Dios, es decir buenos sin la fuente y fundamento de todo bien.

Las virtudes y la moral sin Dios constituyen un gran pecado de "secularismo" y éste, a su vez, un gigantesco pecado de soberbia satánica, porque busca independizar a la criatura humana de su Creador y la ilusiona vanamente de poder encontrar la salvación sin necesidad de los auxilios y gracia que vienen de Él.

Ahora sí, respondemos a las preguntas que hicimos al principio: ¿Se puede obrar el bien sin las ayudas de la gracia de Dios? Sí se puede, pero hay muchos "peros" que conviene tener en cuenta y llegó el momento de sopesarlos a continuación.

1. Sin Dios, el hombre puede obrar el bien, pero eso no "funciona" en circunstancias difíciles y menos cuando se exija heroísmo. Recordemos como ya San Pablo nos advertía de algo que pertenece a la diaria experiencia existencial de todo ser humano sin excepción: "Veo el bien, quiero el bien, pero ¡desgraciado de mí!, hago el mal que aborrasco", (Rom. 7, 14 ss). Esto significa que el problema de mal moral no está en la inteligencia ni es de ignorancia ("veo el bien..."). Tampoco el problema está en la voluntad, puesto que ésta se halla correctamente dispuesta ("quiero el bien..."). ¿Entonces por qué el "corto circuito" entre el pensar y el querer, y por qué la consecuencia inesperada de un comportamiento moral incorrecto? ¿No será, precisamente, porque en el hombre hay, finalmente, una incapacidad de obrar por sí solo el bien en circunstancias difíciles? ¿No será, por el contrario, porque necesita de auxilios especiales para su voluntad debilitada y auxilios que, cabalmente, vienen de Dios?

2. Sin Dios, el hombre puede obrar el bien, pero eso tampoco "funciona" de modo sostenido, duradero, permanente, sino, por lo general, en forma ocasional o discontinua y esto por las mismas razones acabadas de anotar en el punto anterior.

3. Tampoco "funciona" la moral sin Dios en situaciones que exijan desinterés, sino, por lo general, a condición de esperar una retribución o un tratamiento de reciprocidad, según el principio utilitario de "te doy, porque me das", o al menos "porque espero que me des", o porque deseo el aplauso de los que me vean darte, etc.

4. Frente a los enemigos ¡Sí que la moral sin Dios es normalmente impotente! Hasta los malos, nos advertía Cristo, aman a sus parientes y amigos y les dan cosas buenas (Le. 11,13). Pero amar al que no nos ama, y peor aún, al que nos odia, es cosa diferente (Mt. 51,43). Eso exige un temple de alma que sólo de lo alto puede recibir luces y fuerza para cumplirse!

5. Y, finalmente, aun supuesto que alguien pudiera saltar con éxito todas las anteriores dificultades y conseguir obrar el bien en todas las circunstancias, aún las más arduas y de modo permanente, desinteresado y hasta heroico y también hasta, incluso con sus enemigos, se estrellaría, empero con lo peor: Tanto amor humano no sirve para la vida eterna, si no se ha hecho por amor a Dios!! Esa inutilidad del amor filantrópico, del amor meramente humano, es decir, del amor sin anclaje sobrenatural, y sin motivación divina, ha sido bien descrito por San Pablo, en el capítulo 13 de la primera Epístola a los Corintios, con estas palabras:

"Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad (amor inspirado en Dios), soy como bronce que suena o címbalo que retañe. Aunque tuviera el don de profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy. Aunque repartiera todos mis bienes y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha" (1Cor. 13,1-3).

Resumamos, y al mismo tiempo saquemos las conclusiones de este capítulo. Para algunas personas de buena voluntad de la Nueva Era el hombre, ciertamente, se realiza o debe realizarse en el amor mutuo, igual que para los cristianos. Pero bien a diferencia de lo que enseña la Biblia, el amor que predicán los de la Nueva Era no se fundamenta en Dios, como principio y causa, sino en el mismo hombre. Parte de mí y termina en mí. No empieza en Dios, ya que como nos dice San Juan "... Él nos amó primero a nosotros..." (Jn. 4,10) y a Él debe volver ese amor después de haber pasado por el hombre. El amor de la Nueva Era forma un círculo que se cierra donde comenzó: ¡En mí! Es un amor sin trascendencia.

La falta de trascendencia del amor, tiene importancia. Si yo perdono a los demás y me perdono a mí mismo, no es Dios quien en mí perdona y hace que yo perdone, sino que yo soy el autor del perdón y la causa única de Él. De este modo, tanto el amor mutuo como el perdón recíproco se convierten en un execrable ejercicio de soberbia y de autoredención idolátrica.

Algunos de la Nueva Era, como recordamos atrás, en el caso de Conny Méndez, acostumbran dar gracias a Dios. También lo hacía el fariseo que oraba en el templo junto a un publicano, pero se atribuía a sí mismo el mérito y, de añadidura, manifestaba un profundo desprecio por el publicano que también oraba junto a él (Cfr. Le. 18,9- 14).

El amor, de suyo, une a los hombres, pero el amor que nace de la soberbia autidolátrica, los separa. Ya Sócrates lo había intuido, cuando soltó su conocida sentencia: "El orgullo divide a los hombres, la humildad los une".

LA NUEVA ERA LA VERDADERA Y LA FALSA

No es descabellado identificar la "New Age" (Nueva Era), como religión, o mejor, conjunto de pseudoreligiones de la *posmodernidad*. De ahí, a su turno, la referencia a la *modernidad*, de la que aquélla es, a la vez, reacción y continuidad,

DE LA MODERNIDAD A LA POSMODERNIDAD

"Dios sí, religión no", es sin duda la divisa que, en asuntos de fe, mejor caracteriza a la modernidad racionalista durante el siglo XVIII. Se trataba de un vago deísmo, que debilitaba a Dios al negar su providencia y, por tanto, su capacidad de gobernar el universo e intervenir positivamente en la vida y la historia de los hombres.

También la modernidad se manifestaba hostil contra toda forma de revelación, de dogmas de fe, de organización eclesiástica, de sacerdocio, etc. El Dios del deísmo, como observó agudamente el genial pensador español Donoso Cortés, poco difería de los monarcas constitucionales que "reinan pero no gobiernan".

Los dardos mayores de los racionalistas del siglo XVIII se dirigían contra las grandes religiones monoteístas: El judaísmo, el islamismo y, en especial, el cristianismo católico- romano. Religiones monoteístas que se caracterizan por estar fundadas en un "libro revelado".

Durante el siglo XIX y buena parte del XX, la modernidad se apartará paulatinamente del "Dios constitucional", haciendo que el deísmo termine diluyéndose en una especie de ateísmo, no siempre doctrinario, pero al menos sí, de tipo práctico. Se entraba, así, en una fase propiamente secularista, donde ya no importa si Dios existe o no existe, porque el hombre tiene la pretensión de poder realizarse y ser feliz sin necesidad de Él. No se cuestiona, pues, la existencia de Dios, sino su utilidad. Él dejó de ser relevante para el hombre. Este estaba convencido de que con la ciencia y la tecnología, frutos de su inteligencia, podía hacer los milagros y maravillas que antes, en su ignorancia o en su impotencia operativa, imploraba de la Divinidad. En otras palabras, el hombre dejó de sentir estupor ante el misterio de Dios.

Los sueños de autosuficiencia humana, alentados por el secularismo, comenzaron a desvanecerse a raíz de la primera guerra mundial y se diluyeron mucho más con las barbaridades y desastres de la segunda conflagración planetaria sufrida pocas décadas más adelante. Después una serie interminable de conflictos locales y de guerras menores, sumados a las secuelas antiecológicas del urbanismo y la industrialización en el orbe entero, diseñaron lo que 'hemos llamado en otros escritos, la ecocatástrofe y la sociocatástrofe.

Todo esto terminó por demoler las fortalezas mentales del secularismo para dar paso a nuevos acontecimientos culturales, cobijados bajo el nombre de "posmodernidad" y "Nueva Era".

POSMODERNIDAD Y NUEVA ERA

La posmodernidad proclama el fracaso y la obsolescencia de las grandes ideologías construidas por la modernidad racionalista, tales como el liberalismo, el marxismo, el fascismo, etc. Pero del viejo racionalismo del siglo XVIII, la posmodernidad conserva la animosidad contra todas las religiones monoteístas y, en particular, contra el catolicismo.

El secularismo de la modernidad había dejado al hombre sin Dios ni religión, esto es, vacío de trascendencia. Pero el hombre, por naturaleza, está diseñado para el absoluto y la trascendencia. Ya lo había expresado San Agustín, con su conocida sentencia: "Nos hiciste, Señor, para Tí, e inquieto está nuestro corazón mientras no descansemos en Tí". Ahora bien, al verse el hombre vacío y privado de Dios, se siente frustrado y entra en estado de profunda insatisfacción. La sociedad de consumo, con todos sus bienes y placeres, no logra reemplazar la falta de verdadera felicidad del hombre actual. De ahí su retorno al misterio y a lo sagrado; de ahí su vehemente búsqueda de espiritualidad. Pero como este hombre, de una parte, se manifiesta heredero del prejuicio racionalista contra todas las religiones y en especial, las del "libro", o sea las religiones reveladas, junto con sus iglesias, dogmas y sacerdotes y, de otra parte, sufre de profunda ignorancia religiosa, quiere llenar su vacío en fuentes de irracionalidad, que no pueden menos de llevarlo a una espiritualidad tenebrosa.

En efecto, se pretende llenar el vacío religioso dejado por el secularismo en el corazón humano, a como de lugar y de cualquier modo. Esto ha conducido a los ansiosos buscadores a beber en las fuentes dudosas de la paganidad precristiana o de las religiones panteístas del extremo oriente, que suprimen la dualidad Creador - criaturas, y, por tanto, la trascendencia de Dios como el absoluto "Otro". Pero también beben en las fuentes, ciertamente envenenadas, del esoterismo, el ocultismo, la gnosis y hasta el abierto y crudo satanismo.

Todo lo anterior muestra que estamos ante un curioso fenómeno de espiritualidad sin Dios y de "religiosidad" sin religión. Es la pseudoreligión "light", por la que el hombre vacío de la posmodernidad vuelve su mirada a su propio interior, pero no a Dios y de esta manera permanece en la inmanencia y en la egolatría.

Con esto la Nueva Era confunde la **concentración**, fenómeno simplemente psicológico con la que el hombre hace introspección, con la **contemplación** mística, acontecimiento producido por la gracia divina en el espíritu del hombre. Es esa gracia la que hace experimentar la unión amorosa con Dios y, en cierto modo, la divinización humana por obra y causa gratuita del mismo Dios. Pero en la contemplación mística, por la que Dios diviniza al hombre, Dios permanece como el absolutamente Otro. Por contraste, en la concentración autoidolátrica, producida por lo que los gurús llaman conciencia "expandida" o "alterada", la mirada, el que mira y lo mirado, se confunden con la misma persona. De ese modo, aquí no hay trascendencia ni alteridad alguna, sino simplemente una operación egocéntrica.

DIOS SOY YO

La antigua divisa del racionalismo "Dios sí, religión no", sufre ahora una variante sutil en los dos miembros que la componen: No se niega a Dios, pero se le despoja de su carácter único, para afirmar que todos, **por naturaleza**, somos dioses, o que con la práctica de algunas psicotécnicas, destinadas a "expandir" o "alterar" la conciencia, todos podemos llegar a la condición divina. En cuanto a la religión, también se reivindica aparentemente, porque se habla de "religiosidad" y de "lo sagrado". Evidentemente se trata, como se vio atrás, de una religiosidad vaciada de la trascendencia y de "lo sagrado", esto es, sin alteridad alguna.

Así, la divisa de las pseudoreligiones de la posmodernidad (pseudoreligiones que forman el variopinto y multiforme catálogo de las expresiones de la Nueva Era), puede resumirse en esto: "Dios soy yo, y la religiosidad es la adoración que me doy a mí mismo".

La nueva divisa, como bien se ve, encierra dos principios: autoidolatría y narcisismo. Estos principios están presentes de una forma u otra, en las pseudoreligiones de la Nueva Era: Metafísica, Tao, meditación trascendental, dianética, control mental Silva, renacimiento, tantrismo, esoterismo, gnosis, ocultismo, teosofismo, etc. Pero también están presentes en las prácticas mágicas y en las hechicerías de toda laya, como los cristales, las velas de colores, el tarot, la tabla uija, la astrología, ciertas formas de bioenergesis. etc.

Antes de seguir adelante, se impone aquí una aclaración, porque no hay que confundir la autoidolatría, pretensión satánica por la que el hombre, por sí y ante sí, pretende hacerse igual a Dios, con la posibilidad de que Dios, por su entera iniciativa y gracia, divinice al hombre, sin que medie mérito alguno de parte de éste.

Es autoidólatra el que cree soberbiamente que él mismo es más importante que su Creador, o al menos tan importante como Él. Pero no lo es el que valora su dignidad humana a la luz de la filiación divina creyendo, por consiguiente, que su propia importancia depende, no de él mismo, sino de Dios y que es un don gratuito e inmerecido que viene de parte de Él.

Ciertamente, como lo dijera el propio Cristo, somos dioses (Cfr. Jn. 10,34); porque somos "hijos de Dios". Mas como esta filiación no nos viene por **naturaleza**, como la del propio Jesucristo, sino por simple **adopción**, resulta entonces, que nuestra divinidad es un regalo enteramente debido a la gracia de nuestro amado Padre adoptante, por los méritos de su unigénito hijo Jesús. A ellos debemos agradecer con profunda humildad tan formidable regalo que excede nuestra propia condición de criaturas. ¡Nada, pues, de jactancias, engreimientos y autosuficiencias!, como a las que nos quieren inducir las pseudoreligiones autoidolátricas de la Nueva Era.

Establecido, pues, que existe diferencia esencial entre la autoidolatría y la divinización que Dios pueda hacer del hombre, hay que denunciar la patraña de la Nueva Era que pretende hacer caso omiso de la diferencia de naturaleza - diferencia radical y fundamental - entre el Creador y la criatura, para inducir al hombre a darse adoración a sí mismo, negándola a Dios.

Aquí juegan las artes habilidosas de los estafadores. Bien saben ellos que la cosa fraudulenta, cuanto mayor parecido tenga con la verdadera, tanto más posibilidades tiene de confundirse con ella. Un diamante falso pasará por auténtico en la medida en que más semejanza tenga con el original. Algo idéntico sucede en la vida espiritual con la afirmación de que somos dioses, *pero sin Él* y por obra nuestra, y no por Él, con Él, y para Él. La Nueva Era pretende que es lo mismo autodivinizarse que ser divinizado, con lo cual confunde a los incautos entregándoles como buena una joya adulterada.

¿AURORA O CREPÚSCULO?

Ahora bien, ¿qué es lo que nos prometen las pseudoreligiones y las variadas prácticas mágicas de la Nueva Era? Pues lo que éstas dos últimas palabras sugieren: Nueva etapa de vida feliz, pacífica y próspera para el hombre y la humanidad entera.

Los seguidores y profetas de la Nueva Era, la denominan, con términos astrológicos, "Era de Acuario", en referencia al amable aguador que porta buenas nuevas. La etapa anterior a ésta, también bautizada astrológicamente, se supone que fue la de "Piscis", centrada ella en el cristianismo y al cual con gran injusticia e ignorancia se atribuyen los peores males y fracasos de la humanidad en los dos últimos milenios de su historia.

La "Era de Acuario", así caracterizada, se anuncia como una especie de paraíso en la tierra. Pero ¿qué credibilidad puede otorgarse a tan seductora promesa?

Puesto que la Nueva Era, como atrás se vio, descansa en un nuevo rechazo del Dios verdadero y en una soberbia y abusiva autodivinización del hombre, lo que ha de esperarse de ella es lo mismo que sucedió con el pecado de nuestros primeros padres, Adán y Eva, cuando seducidos por la serpiente satánica, se pretendieron dioses sin Dios, es decir, dioses por cuenta propia. Del feo pecado de la autoidolatría de los hombres de hoy, como del de los de ayer, no puede esperarse cosa distinta que toda una cadena de desgracias y calamidades.

El proceso autodestructivo del hombre actual, así como los procesos destructivos de su medio ambiente social, moral y ecológico son las consecuencias de las diversas idolatrías, ahora reforzadas y potenciadas con la propia autoidolatría del ser humano.

Los desastrosos resultados ya comienzan a evidenciarse en todos los países y en todos los sectores de la vida social, desde el conyugal y familiar, hasta el económico, político, artístico, etc. El deterioro creciente de las relaciones convivenciales y fraternas en todos los ámbitos de la vida humana, el egoísmo en aumento, las injusticias multiplicadas, el divorcio, la desintegración familiar,

el aborto, la eutanasia, la corrupción política, la codicia, la lujuria, las aberraciones sexuales legitimadas, el narcotráfico y la drogadicción incontenibles, la mediocridad intelectual, la decadencia del arte, el hiperconsumo de minorías opulentas en contraste con el hambre y miseria crecientes de los países pobres, por no hablar de la también creciente destrucción de la naturaleza y de la vida vegetal, animal y cósmica, son algunos, entre tantos males, fruto de un hombre vacío de Dios, pero lleno de soberbia y de pretensiones autodivinizantes.

Vuelve a ser terrible verdad que el hombre autodivinizado, esto es el hombre sin Dios o contra Dios, se vuelve inhumano consigo mismo, deshumanizado con los demás y verdugo y tirano con la pobre naturaleza. Ciertamente, pues, de la autoidolatría del hombre de la Nueva Era sólo puede esperarse la destrucción de todo y de todos, incluida la del propio ídolo.

La Nueva Era no es nueva sino vieja, muy vieja. En efecto, ella no es sino la resurrección supermagnificada de los errores gnósticos que proliferaron en los primeros siglos del cristianismo. E, incluso, es todavía más antigua, puesto que se remonta a la tentación y caída de Adán y Eva en el paraíso.

"El Gnosticismo, dice Eduardo López Padilla, es una racionalización de la fe que refiere la salvación del hombre a un conocimiento de contenido esotérico". (Eduardo López Padilla "New Age: ¿La Religión del Siglo XXI?", Cefec, México, 1995, 2ª. Edición. P. 16). Hoy vuelve con multitud de ropajes distintos y también, como ayer, con abundancia de disfraces bíblicos y cristianos.

En efecto, la Nueva Era proclama sus mentiras haciéndolas marchar del brazo de algunas frases, generalmente sacadas de la Biblia, para crear confusión en los ignorantes e incautos e inducirlos a aceptar sus proposiciones y doctrinas. Ya Jesús nos había puesto en guardia contra los lobos con apariencia de corderos. Hoy, desgraciadamente, parece que muchos de estos corderos también padecen vacuidad espiritual y así se hallan dispuestos a dejarse seducir por sus embaucadores. Obviamente, al hacer uso manipulado de la Biblia y de los símbolos, oraciones y ritos religiosos de la fe cristiana, la Nueva Era comete la peor felonía, porque utiliza el bien para hacer el mal.

El mismo proceder engañoso y traicionero se utilizó en los siglos primeros de la era cristiana, cuando intentó desviar y confundir la naciente Iglesia de Cristo y proponerle un milenarismo carnal.

Ante la crisis actual de la cultura tradicional occidental - cristiana y su pregonado reemplazo por la posmodernidad y la Nueva Era, hay que tener cuidado de no tomar por aurora lo que es crepúsculo ni por verdadera luz lo que son simples fuegos fatuos. Sí, la Nueva Era, que como su nombre sugiere, se proclama como amanecer, en realidad es ocaso. Nos reintroduce en las viejas tinieblas de antes. Pretende unir la mente con sus propios desvaríos, la lógica con los sueños, la realidad con las fantasías, el bien con el mal, lo sagrado con lo demoníaco.

El diablo, capaz según San Pablo, de aparecerse como ángel de luz, a los seguidores incautos de la Nueva Era los disfraza de dioses, para perderlos. En esto, consiste la peor trampa, la trampa autoidolátrica, que con bastante

habilidad utiliza la Nueva Era para seducir la soberbia y la vanidad de sus víctimas, como ayer sedujo a los gnósticos.

EL GRANCASTIGO

Sí, la Nueva Era no es en realidad una era nueva, sino la repetición empeorada de las eras anteriores. Y a la luz de los pavorosos signos y señales de desastres y calamidades de todo género que azotan al mundo actual, entre los cuales sobresale la apostasía generalizada y la no menos generalizada inmoralidad y corrupción, hay que decir con el escritor mexicano, Luis Eduardo López Padilla:

"Entendámoslo bien, el mundo no está preparado ni maduro para una nueva era tal y como la presenta el movimiento. New Age: por el contrario, la humanidad está lista para recibir un gran castigo. Pues el pecado de los hombres "clama al cielo y atrae consigo el rigor, en extremo de la justicia divina... (Luis Eduardo López Padilla, "New Age: ¿La Religión del Siglo XXI?". Cefec, 2ª. Edición, 1995, México, p. 158).

"Al gran castigo", que todos esos pecados resumidos en la ecocatástrofe, la sociocatástrofe parecen diseñar en el próximo horizonte de la humanidad, es muy probable que se refieran los profetas en la Sagrada Biblia, cuando hablan del "día de la cólera de Yavé". En gracia de la brevedad, no nos extenderemos en detalles sobre esta terrible manifestación de la justicia divina, pero no podemos dejar de evocarla como merecido final de esta época diabólica que ha querido caracterizarse como una "Nueva Era" para la humanidad.

LA ERA NUEVA SEGÚN LA BIBLIA

Ahora bien: A pesar de todo, no podemos descartar el advenimiento cierto de una era nueva, claro está, que por completo distinta de la preconizada por New Age. Los hombres de hoy ansían con vehemencia una vida nueva y una historia nueva. El cristianismo, ciertamente, no es ajeno a este anhelo común. Y más todavía, lo expresa sin ambages, tanto en las voces de los mismos profetas de la Biblia, como en las de los papas y aun en las voces de los profetas de nuestro tiempo que han hecho revelaciones privadas.

En la oración que nos enseñó Cristo, pedimos insistentemente "Venga tu Reino; hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (Mt. 6,10). Este reino, comenzó con la primera venida de Cristo al mundo y se implantó en los corazones de los que reciben con fe su mensaje y cumplen sus mandatos del amor a Dios y al prójimo. Sin embargo, en dos mil años de existencia del cristianismo, jamás ha logrado universalidad geográfica ni plenitud de santidad. Con diversos altibajos a lo largo de los dos últimos milenios, siempre ha estado limitado en cantidad y calidad. Pero según las profecías bíblicas, algún día ha de estar presente en todos los corazones, en todas las familias y en todas las estructuras y actividades de la cultura y la vida social.

Tanto en los textos de la antigua alianza, como de la nueva, se nos afirma insistentemente que Cristo es Rey de reyes y que ha de reinar sobre todos y sobre todo con poder universal y absolutamente soberano. También se nos

anuncia que este reinado universal de Cristo será de paz, tanto entre hombres, pueblos y naciones, como entre los hombres y la naturaleza, y se describen situaciones de realización de ese reino que no son sólo de orden espiritual, confinadas al interior del corazón de las personas, sino también de orden social, esto es, que tocan las relaciones interpersonales y aún transpersonales de esos hombres, hoy diríamos relaciones de tipo estructural o sistémico. Veamos algunos casos:

Isaías, por ejemplo, vislumbra la siguiente situación paradisiaca: "Forjarán de sus espadas azadones, y de sus lanzas podaderas. No levantará espada, nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra" (Is. 2,4). "...No habrá allí jamás niño que viva pocos días, o viejo que no llene sus días, pues morir joven será morir a los cien años y el que no alcance los cien años será porque está maldito" (65-20). "... La justicia será el ceñidor de su cintura, la lealtad el cinturón de sus caderas. El lobo habitará con el cordero, el leopardo se acostará junto al cabrito; ternero y leoncillo pasearán juntos y un niño pequeño los podrá cuidar. La vaca y la osa pastarán en compañía, juntas acostarán sus crías. El león como los bueyes, comerá hierba. El niño de pecho jugará junto al agujero de la víbora; en la guarida del áspid meterá su mano el destetado. No harán ya mal ni causarán más daño..." (11,5-9).

Este reinado será universal, según Zacarías: "Y será Yavé rey sobre toda la tierra: el día aquel será único Yavé y único su nombre" (14,9). Universalidad que subrayan los salmos, agregando que todas las naciones y pueblos le estarán sujetos y le obedecerán: "Ante Él se rendirán todos los reyes, le servirán todas las naciones" (Sal. 72,11), lo que corrobora también Daniel: "A Él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará y su reino no será destruído jamás" (7. 14).

EL REINO MILENARIO: ¿LITERAL O SIMBÓLICO?

El mismo Apocalipsis, en el capítulo XX reafirma este reino, asignándole la cifra de mil años, durante los cuales el diablo será encadenado y Cristo reinará con sus santos y con todos los que "no adoraron a la bestia ni a su imagen y no aceptaron la marca en su frente o en su mano..." (20,4).

Los apóstoles, a juzgar por la Didajé, que contiene las enseñanzas de ellos y casi todos los Primeros Padres de la Iglesia, durante los cinco siglos iniciales de nuestra Era, esperaron ese reino y defendieron su advenimiento con numerosos y fuertes argumentos basados en lo que se llama la interpretación literal-simbólica de la Biblia.

Entre los defensores de esta tesis, se encuentran la Didajé, como ya se dijo, y además la epístola de San Bernardo y más tarde se agregaron figuras tan ilustres como las de: San Papias, San Justino mártir, San Teófilo, San Melitón, San Ireneo, Polícatres, Tertuliano, San Hipólito, San Victorino mártir, San Custodio, Nepote, Comodiano, Lactancia, Quinto Julio, Hilario, San Zenón, San Epifanio, San Ambrosio, Suplicio, Severo y San Agustín en su primera época.

LA REALIDAD DERROTA LA ALEGORÍA

Más tarde, San Agustín se apartó de la interpretación literal para acogerse a la alegórica, según la cual ese reino milenario se aplica al tiempo histórico de la Iglesia actual desde sus comienzos, o según otros, arrancarían desde la resurrección de Cristo y, todavía, otros más piensan que desde los tiempos de los mártires, o también desde el edicto de Constantino en el año 313 de nuestra era. Esto contrasta con la tesis literal que pone la iniciación del reino milenario a partir de la derrota del Anticristo y con más exactitud después del "gran castigo" que han de sufrir las personas que aceptaron la apostasía y el dominio del inicuo hombre de la perdición.

Ahora bien, si los alegoristas tuvieran razón: O la realidad del reino milenario se evaporaría, o habría que (contra toda lógica y aún contra el simple sentido común), admitir contradicciones entre los textos bíblicos y los hechos de la historia de la humanidad en los últimos dos mil años.

En efecto, si el reino milenario fuera todo el tiempo de la Iglesia actual, sería difícil explicar cómo ese reino de paz y justicia de que hablan los textos bíblicos puede compaginarse con tantas guerras, conflictos, persecuciones e injusticias sin cuento, que caracterizan la vida de la humanidad y de la Iglesia durante ese mismo lapso.

Al comentar la petición "venga tu reino", que hacemos los cristianos al rezar la oración que nos enseñó Jesús, Mons. Aldo Gregori, escribe:

"¡Venga tu reino! ¿Qué hay que entender por reino de Dios? Nos lo dice la frase siguiente "Hágase tu voluntad". Se trata de un reino en que los hombres, por lo menos la mayor parte de ellos, vivan en la obediencia a la Ley del Señor. "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el Cielo": por lo tanto es aquí, sobre esta tierra, en este mundo, en esta vida de prueba, es en esta humanidad redimida donde ha de realizarse la venida del Reino.

"Ahora bien, preguntémosnos con sinceridad: después de dos mil años que los creyentes en Cristo piden que el Nombre de Dios sea santificado y que venga su reino, ¿Se puede decir que hayan sido escuchados? ¿Podemos decir que esta imploración de la Iglesia, mística Esposa de Cristo, haya sido ya satisfecha, cuando cada día millones de cristianos blasfeman el santo Nombre y cada día la mayor parte de los bautizados siguen obrando contra la Divina Voluntad, cometiendo todo tipo de pecados?

"Y sin embargo, esta incesante plegaria que sale del corazón mismo de la Iglesia debe ser acogida. ¿Pero cuándo lo será? ¿Será posible que sea contentada sólo cuando el mundo se haya terminado y los justos gocen en el Paraíso de la visión beatífica teniendo sus delicias en uniformarse siempre y en todo a la voluntad de Dios? Pero ese reino ya existe, siempre ha existido y durará eternamente; más aún, es el modelo en el que debe inspirarse el Reino de Dios que ha de instaurarse aquí, en la tierra. (Mons. Aldo Gregori "La Venida Intermedia de Jesús", Lib. Espiritual, Quito, pp. 33, 34).

Frente a la tesis de quienes prefieren dejar para "el más allá" la realización del reino milenarista, es decir, en los dominios de la escatología, el P. Eusebio García de Pesquera, hace esta apabullante pregunta: "¿Cómo puede entenderse un efectivo reinado de Cristo sobre el mundo, si este reinado empieza de verdad cuando el mundo acaba? Además, entonces nuestro señor Jesús, "entregará el reino al Padre" (1 Cor. 15,24 Y 28). (P. Eusebio García de Pesquera "Moran Atha". "El Señor vuelve", Lib. Espiritual, Quito, p. 45).

El reino de Dios, que todavía no ha alcanzado a todo y a todos, está aún pendiente de realización en la tierra. (Ap. 5,10). Antes de su consumación escatológica y definitiva en el cielo y no puede entenderse, como el mismo autor citado observa, que se inaugure y clausure en un mismo acto. (Cfr. Op. Cit. p. 51).

En la historia del cristianismo en la tierra, este reino ha sido más de derecho que de hecho, es decir, que está pendiente su plena realización, no sólo espiritual sino aún temporal. Este reino no es, ciertamente, de este mundo, pero en este mundo ha de establecerse y actuar.

Nuevamente, el P. García de Pesquera pone de presente esta insuficiencia cuantitativa y cualitativa del reino de Cristo, no en cuanto a la naturaleza de éste, sino en lo referente a su realización histórica:

"Jesús, Señor - Kyrios... no ha tenido hasta hoy el ejercicio pleno, satisfactorio, incontrastable, de poder soberano que exigen tantas profecías. ¿Entonces? Entonces, tienen que venir días o tiempos en que todo se cumpla... tienen que venir, pues, días en que Jesús de Nazaret, el Ungido del Padre sea de verdad indiscutiblemente, el SEÑOR y REY de todos y de todo, aquí en este mundo antes de que este mundo sea consumado". (Op. Cit. p.81). Para el juicioso pensador mexicano, Eduardo López Padilla la interpretación alegórica hace violencia a los sucesos históricos y a la coherencia mental: "... esto trae un efecto desastroso y del todo distorsionado. Eso sería admitir que ese reino extraordinario de paz y santidad ha sido todo el tiempo nuestro, con bombas, comunismo, herejías de todas clases, guerras y Cristo reinando con los suyos (Alegóricamente, por supuesto) y el demonio encadenado sin poder tentarnos ni nada pero con una presencia más visible que nunca. Esto, a nuestro parecer no se puede admitir". (Luis Eduardo López Padilla, "Los Ultimas Tiempos", 2ª. Edición, 1994, Lib. Espiritual, Quito, pp.64, 65).

Mucho tiempo antes que López Padilla, Gregoriy García Pesquera, el P. Leonardo Castellani, en compañía del P. Alcañiz, también destacaron irónicamente las inconsecuencias y absurdos del alegorismo, así:

"Es decir, en resumen, según esta interpretación, los famigerados Mil años son todo este tiempo, el tiempo nuestro, desde que murió Cristo, con Capitalismo, Comunismo, bomba atómica y todo, y nosotros estamos sentados en tronos, tenemos el poder de juzgar y reinamos, yo en mi escritorio en la Calle Caseros, y Fulton Sheen en la vídeo de Nueva York; sin que el diablo pueda tentarnos porque está encerrado y sellado en el corazón de los impíos; pero un día se acabará la fiesta porque será soltado y podrá tentarnos de muchas maneras... Y los degollados por el nombre de Cristo que son los Mártires, también están

sentados en tronos, juzgan y reinan, aunque en otro lugar y de modo muy diferente; pero todos somos vivientes, porque tenemos la vida de la gracia, también de modo diferente; y los impíos son muertos, y la primera resurrección es el Bautismo, y la segunda es la Resurrección. Y "mil años" significan dos mil y aún mucho más de dos mil, y también significa tres años y medio... Esta es la interpretación alegórica ni más ni menos". (Aicañiz-Castellani, "La Iglesia Patrística y la Parusía", Ediciones Paulinas, 1942, Bs. As., p. 331).

Poco después, en su notable obra "Apokalipsis", Leonardo Catellani, seguirá fustigando la teoría alegorista por desvirtuar las profecías e insistirá mordazmente en sus incoherencias:

"Según esta teoría, los "Mil años" de San Juan significan tres años y medio, y dos mil años, y también toda la eternidad a la vez: donosa aritmética". Ah, es que se trata de una aritmética no cuantitativa- exclama el P. Bonsirven, secuaz de Allo. (Algo así como color incoloro)... Toda la tradición antigua en masa durante los cuatro primeros siglos de la Iglesia entendió en este capítulo (XX del Apocalipsis) simplemente que había un largo periodo de paz y prosperidad en el mundo (mil años o bien mucho tiempo) después del retorno de Cristo y el refulgir de su parusía; que ha traído dos resurrecciones, una parcial de los mártires y santos últimos, otra universal al fin de buenos y malos- lo cual también San Pablo dice; que todo este largo tiempo es quizás lo que designamos con el nombre del juicio final, el cual se describe metafóricamente al final del capítulo y es decir, se describe su término y finiquito. El "Día del Juicio Final" no puede ser ciertamente un día solar. (Leonardo Castellani, "El Apokalipsis", Ediciones Paulinas, Bs.As., 1963, pp. 295 y 296).

¿Qué esto es milenarismo? ¡Vaya que sí, pero en manera alguna milenarismo carnal, condenado con razón por la Iglesia y tampoco siquiera milenarismo mitigado que, si bien no ha sido condenado como el anterior, sí es visto con reservas por la autoridad eclesiástica. Hablamos pues, de un milenarismo espiritual, perfectamente legítimo y nada objetable desde un punto de vista dogmático.

El dominicano francés H. Troadec O.P., no obstante declararse partidario de la tesis agustiniana, según la cual el milenio comenzó "desde que Cristo alcanzó sobre él (Satán) el triunfo por su Pasión y Resurrección", reconoce que:

"Es pues perfectamente legítimo mantener cierto milenarismo espiritual, según el cual Cristo, con los suyos, reinaría invisiblemente, a partir de cierta época todavía por venir, sobre las colectividades. No debería considerarse como herejes a los que sostuvieran que el reinado de los mil años no ha sido inaugurado todavía pero que se realizará cuando las colectividades humanas estén completamente impregnadas de la verdad del Evangelio".(H. Troadec, O.P. "El Mensaje de San Juan Evangelista", Ediciones Eler, Barcelona, 1966, p. 213).

Pensamos, pues, que este reino de Dios tendrá una oportunidad de mostrarse en plenitud cuantitativa y en santidad en una etapa que vendrá después del gran castigo y que marcará no el "fin de mundo", sino el llamado "fin de los tiempos" o "tiempo de las naciones", de que habla la Sagrada Escritura.

LA VOZ DE LOS PAPAS

Mas, dejando de lado los aspectos controversiales a que se presta la tesis del milenarismo, aún espiritual, frente a los seguidores posteriores y actuales del postagustinismo, es pertinente mostrar que el anhelo de una era nueva, en reemplazo de la era actual, en que presenciamos el desplome de todos los valores, no sólo cristianos sino aún humanos, y hasta meramente naturales, es una de las constantes en la prédica de los sumos pontífices de nuestra época.

Es importante comenzar por el sumo pontífice anterior, Juan Pablo 11: "...estos tiempos esperan a Cristo con gran ansia, por más que muchos hombres de nuestra época no se den cuenta. Nos acercamos al año 2000 después de Cristo. ¿No serán tiempos que nos preparen a un renacimiento de Cristo, a un nuevo adviento?" (5-XI-1978).

En el Papa Pablo VI se descubre un acento ecuménico marcado, en la próxima era nueva que esperamos los cristianos: "Pidamos al Señor con insistencia que, si no nuestra época, al menos una época próxima... vea la unidad de todos los cristianos... que en nuestro atribulado panorama histórico florezca el patente milagro de ser todos, finalmente, un sólo rebaño y un sólo pastor" (18-VIII-1963).

El antecesor de Pablo VI, Juan XXIII, en la convocatoria del Concilio Vaticano 11, expresaba: "Creemos percibir en medio de tantas tinieblas, no pocos indicios que nos hace concebir esperanzas de tiempos mejores para la Iglesia y la humanidad" (25- XII-1961).

El gran Papa Pío XII, expresó en 1955: "Es nuestra firme confianza que Dios prepara una nueva primavera a su Iglesia" (4-XI-1955).

Y poco tiempo después el mismo Pío XII parece identificar inequívocamente esta "nueva primavera", con la era nueva de paz y felicidad a que se refieren las profecías, vetero y neotestamentarias. Estas fueron sus palabras en el mensaje de resurrección del año 1958:

"Antes de que la ciudad santa, la Nueva Jerusalen, descienda del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa, que se engalana para su esposo, gozará el hombre de verdadera felicidad sobre la tierra. La dignidad humana será respetada, las necesidades satisfechas y disfrutará de una verdadera y larguísima era de orden, paz y justicia" (hemos subrayado en el texto).

El lenguaje de Pío XII en la anterior declaración parece contener ecos de ese milenarismo que los alegoristas injustamente reprochan. Además, claramente se ve que la era nueva es para el acá, no para el "más allá", es para la tierra, no para el cielo. Un año antes, también sin ambages, Pío XII decía: "Hay muchos indicios de que la vuelta de Jesús no está lejana".(Pascua de 1957).

En referencia a la monarquía divina que ha de ejercer el Señor, Pío XI escribió:

"Cuando instituímos la fiesta de Cristo Rey... ya percibimos el gozo del día tan deseado en que todo el orbe, gustará y voluntariamente aceptará, el delicioso Imperio de Cristo Rey" (Encíclica *Miseretissimus Redemptor*, 1928).

También en referencia a la realeza de Cristo, el papa Benedicto X.V expresó este deseo: "Como del alba se deduce la proximidad del día, en la práctica de la consagración de las familias al Sagrado Corazón, saludamos el alba del deseado mediodía en que la soberanía de Jesucristo será reconocida por todos" (6 -1-1918).

Llama la atención el modo como el Papa Pío X, expresa el anhelo de los días mejores para la Iglesia y la humanidad: "Nos parece- escribe -, por una secreta inspiración, que podemos asegurar se cumplirán pronto las grandes esperanzas concebidas, sin ninguna temeridad, por nuestro predecesor Pío IX y todos los obispos como fruto de la solemne definición de la Concepción Inmaculada" (Encíclica *Ad Diem Illum*, 1904).

Por ser controversiales. no queremos en este escrito invocar las numerosas profecías de muchos videntes de nuestro tiempo, que van en la misma dirección de las declaraciones pontificias, como también de las enseñanzas bíblicas. Pero todo lo dicho apunta a dejar sentado que los cristianos esperamos con firmeza el advenimiento de una era de paz, justicia y felicidad en reemplazo de las siniestras condiciones de la civilización actual, que se muestra, a la vez contraria a la naturaleza, al hombre y a Dios en todos sus aspectos y dimensiones.

Como el diablo desde sus inicios no ha hecho cosa distinta de plagiar a Dios y a lo de Dios, ahora, simiescamente, intenta también una última imitación para perder a los hombres:

Es su "New Age" que, con ropajes prestados al cristianismo, ofrece sin embargo, el engendro infernal de la autoidolatría, preludio de la satanolatría y del reinado universal del Anticristo, quien pretende así disputar a Cristo el imperio del mundo y del universo. Pero sabemos que la victoria pertenece al jinete fiel y veraz que monta el caballo blanco, está vestido con un manto teñido de sangre y porta espada afilada para herir a las naciones, a las cuales regirá con vara de hierro. Es el "Rey de reyes y Señor de los señores". Él vencerá a la bestia y al pseudoprofeta y establecerá luego sobre la tierra, su reino de mil años (Cfr. Ap. 19. 11 Ss.).

